Creadores Literarios



Poesía
Cuento
Microrrelato
Audiocuento
Crónica
Cartas a Quentin Zuttion

Creadores Literarios



Creadores Literarios



Poesía
Cuento
Microrrelato
Audiocuento
Crónica
Cartas a Quentin Zuttion

Universidad de Guadalajara

Karla Alejandrina Planter Pérez
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

César Antonio Barba Delgadillo
Secretaría General

Sistema de Educación Media Superior

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Dirección General

Araceli Ambriz Ramos
Secretaría Académica

Denisse Cecilia Flores Somarriba
Coordinación de Difusión y Extensión

Editorial Universidad de Guadalajara

Sayri Karp Mitastein
Dirección

Feria Internacional del Libro

Marisol Schulz Manaut
Dirección

Fondo de Cultura Económica

Paco Ignacio Taibo II
Dirección

Primera edición electrónica, 2026

D.R. © 2026, Universidad de Guadalajara

SEMS
Sistema de Educación Media Superior

Liceo 496, Col. Centro
44100 Guadalajara, Jalisco

EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39
interior 32-33, Industrial Los Belenes
45150, Zapopan, Jalisco

ISBN 978-607-646-120-4
DOI: https://doi.org/10.32870/9786076461204

Hecho en México
Made in Mexico

FIL JOVEN

Presentación

El lector tiene en sus manos el trabajo literario de jóvenes estudiantes de las preparatorias del Sistema de Educación Media Superior (SEMS) de la Universidad de Guadalajara, y concentra lo mejor de un esfuerzo de más de ocho mil piezas de literatura creadas desde la imaginación, inventiva y realidad de una generación que se abre camino en el mundo y lo toma en sus manos para mejorarlo con sus acciones.

Desde 1994 la Universidad de Guadalajara realiza el concurso Creadores Literarios FIL Joven, el cual busca incentivar que los estudiantes tomen las letras como herramienta de expresión, duda, consigna y demanda de todo aquello que los rodea. Durante décadas, miles de personas de las distintas escuelas que conforman el SEMS acuden al llamado y nos regalan lo más valioso que un adolescente puede darnos: su sentir y comprensión de un mundo que tarde o temprano heredará.

Para esta edición se contó con seis categorías: cuento, microrrelato, poesía, audiocuento, cartas y, por primera vez, se agregó la crónica como un género literario que ofrece a los autores una nueva forma de expresarse y narrar el mundo. Durante el año se recibieron 8 486 participaciones (casi 5 100 de mujeres), todas procedentes de las 45 prepas de todos los rincones del estado de Jalisco. Esto habla no solo de la magnitud del concurso y de la convocatoria que el SEMS hace año

con año, sino de una generación que, contrario de lo que se cree, se interesa en las letras y las usa para hacerse entender y expresar lo que necesitan. La literatura habita en los alumnos de las prepas de la UdeG, milita como forma de ver el mundo, alza la voz a exigencias que debemos atender, con empatía, respeto y seriedad.

En el SEMS creemos que cada joven que participa en este concurso es un escritor emergente, que no solo participa en un certamen sino que en sus inquietudes reposa ya la vocación por las letras y que se le debe incentivar como tal; se le considera un artista. Durante el proceso de selección, un jurado calificador eligió las veinticinco obras que hoy el lector tiene en sus manos, en un volumen cuidadosamente diseñado y maquetado por expertos que se presenta oficialmente en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, uno de los escenarios literarios más importantes del mundo.

En estos días en que la hiperconectividad domina nuestras vidas, necesitamos reconectar con nosotros mismos; no se trata de evadir una realidad, sino de comprenderla, volver a vivir en ella y cambiarla. El concurso Creadores Literarios evidencia el talento de nuestros alumnos para expresarse, pero también la urgencia por retomar los lazos sociales que nos hacen humanos y que, a través de las letras que nos regalan, nos impulsan a seguir trabajando por ellos.

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Directora General del SEMS

Poesía

La poesía como refugio

Angélica Martínez

Para algunos poetas, el poema es el único hogar habitable, como una casa, una extensión de un mundo interior. Escribir versos es muchas veces una tabla de salvación psicológica frente al dolor de la existencia, donde el lenguaje se convierte en un campo de batalla, y la poesía en un acto confesional. El poema como un objeto pulido, trabajado al extremo, como un objeto artesanal del lenguaje, tallado a detalle, palabra por palabra. Así, el poeta se convierte en un artesano del uso del lenguaje; intuye casi de manera milimétrica cómo unir palabras huérfanas, crear imágenes, contar realidades dolorosas, con tonos a veces herméticos, otros surrealistas, musicales o simbólicos y muchas veces confesionales.

Alguna vez en una entrevista la poeta Alejandra Pizarnik dijo "creo que en mis poemas hay palabras que reitero sin cesar, sin tregua, sin piedad: las de la infancia, las de los miedos, las de la muerte, las de las noches de los cuerpos", como una catarsis. Escribir poesía es casi un acto terapéutico, confesional, un refugio, un acto reparador de la realidad, una alteridad, una manera de sostener, nombrar el mundo interior casi como algo obligado. Es casi como un mapa,

una catarsis para contener el caos, incluso para resignificar la existencia, lo vivido, lo contemplado. Para Octavio Paz "la poesía revela el mundo y al mismo tiempo crea otro"; qué paradoja y qué belleza.

En el territorio del lenguaje, el poeta nombra con sus versos la soledad, la condición humana, la existencia, la hostilidad, la belleza y sus miles de mundos íntimos posibles. Trata de capturar lo innombrable. La poesía como refugio ante lo plano, lo monótono, lo repetitivo, lo mundanamente creado. Cuando el poeta escribe sobre la casa o la infancia, algunas veces es un pretexto para configurarla de otra de manera, vivirla de otro modo, habitarla mientras lee en voz alta. El poema tiene tantas lecturas como momentos, mientras es leído y releído por sus lectores. Vive atemporalmente suspendido en el tiempo, esperando ser revelado.

El poeta Vicente Quirarte lo confirma: el acto poético no es una evasión, es una confirmación de la existencia, una casa interior, un espacio íntimo en el que la belleza y la memoria pueden permanecer a salvo.

El poema es una representación del mundo interior del poeta, un repliegue, una tabla de salvación, la última trinchera del caos, un refugio. No me queda duda de que cada que leemos o releemos un poema asistimos al acto mágico de nombrar lo escrito, vivirlo, significarlo una y otra vez, tantas cuanto sea necesario. Al final, cuando todo nos falle —como dice el poeta español Carlos Oroza—, siempre nos quedará la poesía.

Felicidades a los ganadores de esta edición de *Creadores Literarios* FIL *Joven 2026* del Sistema Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara. Enhorabuena.

Karina Paola Llamas Rangel
[<<Mar>>]
Preparatoria 10

Violentamente frágil

Noviembre

Te observo entre la calma de la multitud,
te observo ser desde el inicio.
Desde antes de que nacieras y antes de que murieras.
Olor amaderado envuelto en dulzura,
Risas penetrantes de noviembre,
besos que se enfrían en septiembre.
Yugular palpitante que anhela su corte,
tu libertad, un enjambre que me desgarra.
¿A quién perteneces cuando no me ves?
Dime lo peor que has hecho y te amaré con ello.
Vendavales negros de lo que fuimos,
cuerpo marchito que espera su encuentro.

Ósculo

Entre sigilos te palpo
cada vez como la primera
ese sabor salado bajando por mi tráquea.

Entre el frenesí te consumo
como cual llama del calor de uno mismo
mientras el rojo se intensifica ante la vista
nublado los sentidos.

Recito…

Come de mí
bebe de mí
mientras yo
como de ti
bebo de ti.

Como en un rezo de súplica
y sin ser suficiente
nos volvemos uno mismo
plegarias de fuego
andrógino envidiado.

Tú

Hola tú
adiós tú
solo tú
siempre tú
ahora tú
al final tú

Pero ¿cuándo yo?
En tu sombra estoy
ya no soy yo

En
tu
sombra
estoy

¿Lo ves?
De nuevo
tú

Nitofilia

Qué más da
si ya lo entregué todo
y tu perdón no es opción

Qué más da
destrózame
consúmeme
y arruíname
que caer en tus manos
es la mejor perdición.

Ya no importa si lo notas
solo quédate...
como vengas, así te recibo

Endiósate con este espectáculo
¡Oh, vengan todos a verlo!
cómo me postro
que así lo desean

Destrózame
consúmeme
y arruíname
que si no quema, no es amar.

User not found

Qué más queda después del olvido de alguien,
cuando los sentidos y emociones se pudren en su pecho
y aquel cariño que afloraba sus encuentros se marchita
cual flor
que alarga su agonía durante el verano.
Cuando el peso se alza de su centro,
rompiendo toda conexión
que unía a aquellas almas destinadas a su propia
destrucción…

Maldita prosapia

Una nube de pensamientos
una brisa pasajera
la enseñanza en la vida

La habitualidad encarnada, un suspiro al final
¿es lo que soy?
la respuesta no es clara pero la búsqueda continúa

Me busca con anhelo, me susurra sus secretos
no puedo evitar mirarla
esperando perderme en ella y ahogarme en silencio

Su mirada me penetra y me engulle
evitó lo que no está, la recibo con recelo
su piedad no es final

Ella soy yo, los latidos lo revelan
somos dos
¿Qué me hace ser ella?
¿Qué la hace ser yo?
¿Almas gemelas o una mente dividida?

No hay sentencia, no hay delito
Pero todo padece; es donde ella me espera.

María Tonantzin Becerra Lara
[<<Ecos de cristal>>]
Preparatoria Regional de El Salto

Amé tanto

Amé tanto
que mis manos parecían maremotos,
y mi pecho, un universo desbordado buscando dónde caer.

Te quise
como se quiere a un recuerdo que aún respira,
como quien abraza el humo para no perder el calor.
Sin embargo,
cuanto más daba, más sola me encontraba,
como si el eco de mis pasos me acompañara
pero nunca me alcanzara.

La soledad,
esa compañera silenciosa y tibia,
me tomó del hombro como una madre cansada.
Me dijo, con su voz de sombra clara:
"Quédate, aprende, crece".

Y crecí.
Crecí hacia adentro,
como los árboles que buscan luz
aún en mitad de un invierno eterno.

Mis recuerdos,
esos fragmentos que guardo como monedas rotas,
siguen ardiendo con un fuego que no quema, pero enseña.

Guardo tu nombre
como se guarda un atardecer:
no por el sol,
sino por lo que duele que se vaya.

Mi tiempo ya no corre:
se derrama, lento,
como miel vieja sobre un cuaderno abierto.
Yo dejo que caiga,
porque el tiempo también escribe
y escribió en mí todo lo que ya no soy.
Pero sigo siendo.
Soy la risa que alguna vez tembló,
soy la niña que decidió quedarse,
soy la mujer que tiembla, pero camina,
soy la sinécdoque de mis propios pasos:
una parte que explica el todo.

A veces,
la vida se me llena de *shhh,*

como si alguien callara mis pensamientos
para que por fin me escuche.
Ahí, en ese silencio que brilla,
descubro que aún espero
algo que no sé nombrar,
que no sé pedir,
que me mira desde lejos con ojos de luna.
Porque el amor duele, sí,
pero también ilumina.
Y yo, tan torpe, tan infinita,
tan caída y tan de pie,
sigo extendiendo mis alas hechas de tiempo,
de pérdida,
de memoria,
de cicatrices que aprendieron a cantar.

Amé mucho,
me perdí,
me encontré,
y aquí estoy:
una historia que se rompe,
pero avanza.
Una voz que tiembla,
pero dice.
Una vida que duele,
pero brilla.
Una yo que cayó…
pero todavía, todavía, late.

Cuando el dolor aprende mi nombre

A veces siento que me duermo por dentro,
como si el mundo bajara la voz
y yo quedara lejos,
mirando desde atrás.

Siento que me vuelvo menos en los ojos ajenos,
que mis pasos pesan más
y mis palabras valen menos,
aunque yo siga intentando.

Llega algo bueno, pequeño,
como una luz breve en el pecho,
pero antes de aprender su forma
ya vienen tres sombras a apagarlo.

El dolor se acumula despacio,
no grita:
se queda,
crece,
aprende mi nombre.

Hay días en los que cansa respirar
con este nudo constante,
días en los que parece
que aguantar es un trabajo demasiado grande.
Pero incluso aquí,
en medio de todo lo que duele,

mi corazón sigue hablando,
pidiendo descanso,
pidiendo cuidado.

Tal vez no sea el final,
tal vez sea un llamado,
una mano invisible diciendo:
no tienes que estar sola con esto.

Aunque ahora tiemble,
aunque ahora duela,
sigo aquí,
todavía aquí,
esperando que el peso algún día
empiece a ser menos.

Aprendiendo a ser fuerte

Hay días en que me siento invisible,
como si mi esfuerzo nunca bastara.
Camino con dudas en los bolsillos,
y un nudo silencioso en el alma.

No soy menos por sentirme rota,
soy un corazón aprendiendo a ser fuerte.

Carolina Reyes Garibay
[<<Mythos>>]
Preparatoria 5

Retaguardia

Pónganme en las últimas líneas
donde el coronel se desentiende,
nunca pertenecí al frente
pero la batalla me siguió
construyendo su emboscada.

Soy parte de un regimiento
que requiere brigada
para sopesar su ineptitud
y no amerita reposo.

Comparezco ante mi propio juez
porque abandoné las filas,
en la retaguardia se da eso
de avanzar a destiempo,
retroceder en primer lugar,
pero, por favor,
no le hablen de cobardía

a un cuerpo que es más peso muerto,
que se vio forzado
a rendir ya devastado
en un campo de batalla.

Deshabitada

Deshabitada,
esa sería la palabra que usaría
para describir la representación
de mis confines,
donde me visto de pieles
ajenas a mis sentidos,
ajenas a mi ánimo
y ajenas a mi todo,
que es ajeno a mí misma.

Deseo un animal que me destroce
con la ferocidad de sus fauces
que lo devoran todo,
así, las pieles que me cubren
desaparecerían,
tendría permiso para ser en mí misma,
recibiría oxígeno en lugar de toxinas
y podría existir
dentro de mi propio ser.

Sábana incendiaria

Escucho latidos en mi oído
puesto que la almohada
se ha vuelto cárcel
propia de una habitación,
las sábanas frías
desde que lo aprendieron
ya solo saben producir calor
que se transforma en llagas
supurantes
ante el roce frenético y sudor
de un bulto inmóvil.

Este roce es de sábanas frías
convertidas en hoguera,
la pragmatización de una existencia
construida por caleidoscopios
que cae por sí misma,
sosteniendo una realidad infantil
que —pasando el óxido—
sabe a carbón,
a restos de sábana incendiaria.

Disfraz

Quemé mis alas
fingiendo que olvidé
cómo volar
porque no quise hacerlo más,
mentí acerca
de que conocía el rumbo
sin saber si mis alas
alguna vez lograría parar,
miento todo el tiempo
de todos mis años
para encajar un poquito más
con la farsa
que viste a mis días.

Con un poquito de mentira
y una nada de verdad
reconozco mis aristas,
registros de aleteos
entre recortes empolvados
de poemas que me nombran
mas nunca comprendí.

Me buscan
mas no interpelan mi llegada
pues siempre les hui.

Mis muertos

No huele a muerto
porque los míos se fueron hace rato
sin despedidas
ni complicaciones,
es la forma más sencilla de irse.

A quemarropa todo arde,
incluso la esperanza
que cuando te deja no perdona,
olvida una herida supurante
que no se molestó en limpiar.

Mis muertos son distintos,
se van en silencio
ya distantes,
confían en sus ecos
y su prevalencia,
por eso acallan todo,
lo dejan vibrando
a veces en los vidrios de los coches
a veces en la boca del estómago,
muerden el silencio
sabiendo que acrecienta sus gritos,
consumen a otros muertos
que se vuelven melaza,
y esperan en su trance

hasta que el pitido de un claxon
devuelve el ruido.

Fantasmas

Lo peor de una casa abandonada
son sus fantasmas
que ya no se ocultan,
tosen entre las paredes
con voz gutural
de no tomar propóleo
para la garganta.

Juegan a los disfraces
como los niños a la casita
donde papá es bombero
y mamá doctora,
se disfrazan de tangibilidad
mas lo único palpable
es su risa salpicona
que planea hacia el rostro.

Los fantasmas ya no cargan cadenas
gracias a un tutorial de tres pasos
para dejarlas a los vivos
y hacerlos adictos,
los fantasmas ahora trapean,
planchan y lavan la ropa
con jabón aclarante
para sus telas blancas.
Tiran quejidos cargados de tos
un sábado a las tres de la tarde

fatigados y en chanclas,
se apoderan de la casa.

David Alejandro Mares Panduro
[<<Mares>>]
Preparatoria 12

Fruto de mi vientre

Voy a morir sin que Dios voltee a verme,
me pudriré en el suelo tal como las manzanas
que caen lejos del tronco de la vida.

Moriré en vano y mi muerte
no nutrirá a nadie,
siempre me encantó vivir corriendo con tijeras en las manos,
esquivé dos balas,
la tercera me la disparé yo.

Para todos los que quieran escuchar,
me arrepiento
de ser el dolor al golpearse el dedo pequeño,
ser la astilla enterrada en la piel
la conversación que nunca se quiere tener.

Soy una cacofonía, una rima de mil letras

sin gracia ni sentido alguno
un bufón en caravana de magos.

Tarde me di cuenta
que era la infección en la vida de otros,
me pinté de ángel indefenso,
cuando solo era el clavo en la cruz.
Soy una mentira, una máscara.
Viviré sin que Dios me cargue en sus brazos.

Mi preciada

Hay algo en tu forma de mirarme
que no juzga,
pero tampoco perdona del todo.

Te acurrucas cerca,
como si entendieras
que hay días en los que el cuerpo
necesita más compañía que palabras.

No preguntas nada,
y aun así parece que sabes
cuando algo dentro de mí
se rompe en silencio.
A veces te quedas quieta,
respirando lento,
como si el mundo no tuviera prisa
y yo pudiera aprender de eso.

En medio de todo,
de lo que falta,
de lo que pesa,
de lo que no vuelve,
estás tú.
Pequeña, tibia,
ajena a mis pensamientos
pero suficiente
para que la noche
no se sienta tan sola.

Indecente

Con un toque
de tinta
manché una preciosa
flor blanca
que me ofrecía la vida.

Yo
siendo el creador ciego
de una historia
de lindos paisajes
que existieron
en mi mente.
Ahora ya
no creo
en lo que no veo
ya que me golpeé al pisar,
descalzo,
un puente
en el que bien sabía,
rebosaban clavos.

Me convertí en un mar
muy muerto
arrastrando contradicciones.

Cuento

El cuento en FIL Joven 2026

Luis Martín Ulloa

Escribimos para conocernos, para saber qué, cómo somos, y así entender un poco más a los otros y comprender nuestro entorno. Esto nos puede conducir a tener la más grande y preciosa recompensa, porque nunca dejará de ser una maravilla ahondar en la naturaleza de la humanidad y percibirla en su interior. Pero también, por supuesto, podemos llegar a tomar rutas tortuosas. El escritor jalisciense Bernardo Esquinca dijo en alguna ocasión que, para reconocer al ser humano, había que hurgar en sus zonas oscuras, que tal vez desde allí podríamos acercarnos a entenderlo.

Así, la literatura suele enfrentarnos a nosotrxs mismxs, a nuestros goces, pero también a las inquietudes, a los afanes y las obsesiones. Todo esto me venía a la mente cuando estaba releyendo los cuentos que hoy presentamos en esta selección de FIL Joven 2026.

Siempre me enternece leer textos escritos por jóvenes. Me gusta imaginarles pensativxs, dándole vueltas en la mente a la historia que surgió como una chispa apenas, y fue tomando forma poco a poco, incorporando detalles, cuidando el lenguaje, y otras cosas que solemos hacer. Porque sí, es

claro que estas chicas y chicos se aplican en su escritura, se advierte en el resultado final en el que nos regalan, efectivamente, textos *literarios;* y nos hace pensar que la escritura seguro es (o tal vez lo será muy pronto) parte de su proyecto de vida. Eso, para quienes nos dedicamos a la escritura creativa, siempre nos deja una cálida sonrisa en el rostro: saber que ese gusto por contar historias será seguido siempre por otras manos y otros ojos, frescos y renovadores.

Es cierto, igualmente, que estos cuentos podrían provocar leves (o fuertes, tal vez) escalofríos en quien los lea, porque recogen enormes preocupaciones de nuestro tiempo. Por ejemplo, Arely Díaz Vaca nos enfrenta a la realidad terrible de las mujeres desaparecidas a través de la historia de una estudiante de bachillerato cuya hermana sale de casa a plena luz del día, pero nunca regresa a la cena familiar. Por otro lado, en el cuento de René Navarro Huízar, un adolescente hijo de padre y madre adictos, debe enfrentarse solo a los varios reveses que la vida le impone.

Hay otras visiones que parten, a la par, de visiones desastrosas, pero también aportan un destello de esperanza. Ejemplo de esto son los cuentos de Álvaro Ricardo Zamora Palomino y Montserrat Vega López. Álvaro nos sumerge en un futuro inmediato catastrófico, donde la tierra ha llegado a sus límites últimos y los humanos deben buscar medidas extremas para la supervivencia de unos cuantos, pero el protagonista logra reponerse gracias a un objeto mágico que le regala su abuela. Montserrat, en cambio, nos entrega un texto con cierto tono de fábula, en el que un ajolote estudiante de preparatoria repasa junto a sus compañeros las expectativas

deplorables que parece ofrecerles el porvenir a jóvenes como ellos, aunque también confían en que, de alguna manera, habrá una salida optimista al presente gris.

Existe otro cuento que avanza por caminos menos arduos: el de Carolina Reyes Garibay, cuya historia polifónica aborda la exposición singular y ambigua de un museo que provoca reacciones extremas en sus visitantes.

Una época de acentos oscuros puede producir arte y literatura de iguales tonalidades. Los textos aquí reunidos son muestra de ello, ejemplos escritos con solvencia narrativa que son indudablemente el inicio de trayectos literarios que pueden aportar muy interesantes obras.

Arely Díaz Vaca
[<<Diva>>]
Preparatoria Regional de Chapala

El rastro de las flores de papel

Hay silencios que se sienten como un golpe en el estómago, de esos que te quitan el aire y te dejan mareada un buen rato. En Guadalajara, el silencio no significa que no haya ruido; entre el tráfico de las avenidas y la música de los vecinos, el silencio es otra cosa. Es ese miedo que te pica en la nuca cuando caminas por una calle sola y sientes que alguien te está mirando desde un terreno baldío lleno de escombros, maleza seca y botellas de vidrio rotas. Aquí todos aprendimos a caminar con un ritmo que no es el nuestro: rápido, con los audífonos puestos, pero sin música para poder oír si un carro frena de golpe detrás de ti; mirando siempre hacia adelante. No es que seamos tímidos; es que conocemos la frase: si no ves nada, no te pasa nada. El problema es que a mí la realidad ya me alcanzó y tiene el nombre de mi hermana.

Me llamo Ámbar y tengo 16 años. Sigo cargando mi mochila de la prepa llena de cuadernos que ya ni abro porque la cabeza no me da para pensar en fórmulas y, a veces, cuando me veo en el espejo del baño antes de dormir, no reconozco

a la persona que me ve de vuelta. Siento que tengo mil años, como si el tiempo se hubiera acelerado de golpe y me hubiera dejado vieja en un solo mes. Mi ciudad, que antes era el lugar donde podías ir a la tienda de la esquina por una Coca o unos chicharrones sin pensar en nada más que en la tarea de mañana, ahora se siente como una trampa de cemento. Se volvió un laberinto en las calles con baches que nunca arreglan y camionetas de vidrios negros que pasan lento, muy lento, como si estuvieran escogiendo qué mercancía llevarse esta noche mientras los demás dormimos.

Aquí nacer mujer es como traer un cronómetro en la mano que no sabes cuándo se va a detener. Es ese nudo en la garganta que se te hace cuando ves que ya son las siete de la tarde y el sol se está escondiendo, dejando la calle en esa soledad donde todo se ve peligroso y cualquier sombra te hace saltar el corazón.

Todo se rompió un jueves. No fue en una fiesta lejos ni en un lugar donde no debíamos estar. Fue a la vuelta, a plena luz del día, cuando el cielo todavía estaba azul.

No te tardes, Ámbar. Te espero para cenar, acuérdate de que hoy sale el capítulo nuevo de la serie, me dijo ella mientras se ponía un poco de brillo en los labios frente al espejo del pasillo, ese que tiene una grieta que atraviesa su reflejo de lado a lado.

Fue lo último que escuché de ella. Su voz se la tragó el ruido de las calles. Mi hermana no era una cifra de esas que salen en las noticias de las 8 mientras la gente cena sin prestar atención, ni un nombre en un fólder lleno de polvo en una oficina donde huele a café rancio y cigarro. Era mi

hermana, la que me pasaba las respuestas de los exámenes de física porque yo no le entendía a nada, la que me hacía reír hasta que me dolía la panza cuando el profe se quedaba dormido en plena clase.

Ahora su rostro está pegado en todos los postes de luz de la colonia, pero de la forma más fea que existe: en copias de a peso, en blanco y negro, con el rostro todo borroso por la humedad y el pegamento barato que usan las patrullas para encubrir la falta de trabajo. Es una foto donde sale sonriendo, una sonrisa que se va deshaciendo con la lluvia mientras la gente pasa de largo, agachando la cabeza para no verla, como si la mala suerte fuera contagiosa. Ver su rostro ahí, mojándose en el poste afuera del Oxxo, me hace sentir que se está perdiendo otra vez entre la indiferencia de todos los que prefieren no saber para poder dormir tranquilos.

La justicia, aquí, en Guadalajara es una burla pesada. Fui a la delegación y sentí que yo les estorbaba, como si mis preguntas fueran una molestia para su horario de comida. El tipo que me atendió tenía una mancha de salsa en la camisa y ni siquiera soltó su celular mientras yo le hablaba con el alma rota. Me preguntó cosas que me hicieron hervir la sangre: que si mi hermana usaba faldas muy cortas, que si tenía muchos amigos hombres, que si le gustaba "la mala vida". Sentí unas ganas horribles de gritarle que ella solo quería llegar a cenar y ver su serie. Es muy fácil para ellos decir que "seguro se fue con el novio" para no tener que pararse de su silla. Le echan la culpa a ella de no estar, en lugar de buscar a los que se la llevaron por la fuerza.

La segunda vez fue todavía peor. Me dejaron esperando tres horas sentada en una silla de plástico de esas que están todas rayadas con nombres de gente que ya nadie recuerda. Mientras esperaba, vi a un policía burlándose con otro de una señora que estaba llorando en una esquina con una foto en la mano. Tenía esa misma mirada pesada y cínica que tienen los tipos que te chiflan desde las construcciones cuando pasas por ahí. Ahí me cayó el veinte: no nos están cuidando; nos están vigilando como si fuéramos el enemigo. Entendí que si quería saber qué pasó, no iba a ser en una oficina con aire acondicionado y papeles sellados que no sirven de nada. Tenía que ensuciarme las manos y buscar donde nadie más quiere mirar, ahí donde la ciudad se olvida de sí misma.

Así que hoy mandé el miedo muy lejos. El miedo solo te sirve para quedarte encerrada llorando bajo las cobijas, pero el coraje es el que te despierta y te pone de pie. Me fui a la zona de las bodegas, allá donde termina el pavimento y la ciudad se vuelve pura tierra, piedras y olvido. Es un lugar que huele a diésel quemado y a humedad, un lugar donde nadie se mete por gusto porque saben que ahí la ley no entra si no es para cobrar su parte del negocio.

Caminé entre los fierros viejos y los perros callejeros que te ven con ojos tristes, aguantándome las ganas de salir corriendo cada vez que oía un ruido o una puerta rechinar. Me metí a una bodega abandonada que tenía las paredes llenas de grafitis de bandas y agujeros en el techo. En un rincón, debajo de unas lonas viejas y mucha basura podrida, encontré un montón de cosas que me revolvieron la panza y me hicieron querer vomitar. Había mochilas con llaveros

de peluche, ligas para el pelo llenas de tierra, zapatos que alguien perdió en el forcejeo y que se quedaron ahí como testigos mudos. Era un cementerio de cosas que alguna vez fueron de chavas como yo, que también tenían su música favorita en el celular y una familia esperándolas con la mesa puesta y la televisión encendida.

Me puse a rascar entre la tierra con las uñas, sin que me importara cortarme o que se me enterrara la mugre hasta el alma. Y ahí, entre el polvo y el moho, vi algo rojo. Era la pulsera de hilo rojo con el colibrí de metal que le compré en el tianguis por su cumpleaños el año pasado. Ella siempre decía que los colibríes traen mensajes de los que ya no están físicamente, que son visitas de otros mundos. Al tocarla se me salieron las lágrimas, pero no eran de tristeza, eran de puro odio, de ese que se te queda trabado en la garganta y no te deja hablar. No era justicia lo que había encontrado en ese lugar frío y sucio; era la prueba de que el mundo puede ser un lugar muy oscuro y que a nadie le importa si te apagas.

De repente se oyó el motor de una patrulla afuera, pero no traía la sirena prendida, solo el rugido del escape. Pasó despacio por la calle de tierra, como si estuvieran dando una vuelta para ver que todo siguiera igual de mal, asegurándose de que nadie interrumpiera el silencio de las bodegas. Me quedé quieta como piedra detrás de un muro derribado, aguantando la respiración hasta que el ruido se perdió a lo lejos. Ahí lo entendí todo de una forma que me dolió más que cualquier golpe: los que deberían estar buscándola son los mismos que permiten que estos lugares

existan y que las camionetas sigan pasando sin placas por la avenida principal.

Cuando logré salir de esa zona, el sol ya estaba quemando fuerte y la gente andaba como si nada, yendo al trabajo, quejándose del calor o comprando el mandado para la semana. Caminé a la plaza principal y vi a las señoras que siempre salen en las noticias un minuto y luego desaparecen porque "ya no venden". Tenían sus palas, sus picos y esas lonas grandes con las fotos de sus hijos colgadas al cuello como si fueran armaduras de guerra. Se veían muy cansadas, con la piel quemada por tantas horas bajo el sol y las manos llenas de callos, pero sus ojos brillaban con una rabia que daba mucho respeto, una fuerza que no he visto en ningún político de los que salen en los anuncios.

Me acerqué a una de ellas, una mujer bajita que sostenía la foto de un joven que no pasaba de los veinte. Me vio las manos sucias de tierra y la pulsera roja que yo apretaba tanto que el metal se me estaba enterrando en la palma, marcándome la piel. No tuve que decir ni media palabra. Me tomó del hombro y su mano se sentía fuerte, segura, como una protección real contra todo lo malo que hay allá afuera.

—Qué bueno que llegaste, m'ija —me dijo con una voz ronca pero que no temblaba nada—. Aquí ya no esperamos a que el gobierno nos dé respuestas que no tiene o que no quiere soltar. Aquí nosotras somos las que buscamos. Aquí nos cuidamos entre todas porque ya vimos que nadie más lo va a hacer por nosotras, y menos si somos mujeres.

Ese día mi esperanza cambió de color. Ya no espero que el teléfono suene y sea la policía para decirme que todo fue un error y que ella ya viene en camino. Sé que mi hermana no va a cenar hoy ni mañana, pero ahora tengo una meta clara, una razón para levantarme: que su nombre no se borre de la memoria de esta ciudad. Tengo su pulsera, tengo mi rabia y ahora tengo a estas mujeres que no le tienen miedo a la tierra ni a la oscuridad de la noche.

Mañana no voy a la prepa. Me voy a poner los tenis viejos y voy a ver a las señoras de las palas. No sé qué voy a encontrar, pero quedarme sentada viendo el espejo roto del pasillo ya no es opción.

Álvaro Ricardo Zamora Palomino
[<<Zamo>>]
Preparatoria 8

Fósil de memoria

El día que cumplí 18, mi abuela me heredó una piedra. No era una joya ni un terreno en Tlajomulco. Era un fósil de trilobite del tamaño de mi palma, con las costillas marcadas como si ayer lo hubiera aplastado el mar. "Tu abuelo lo encontró en 1998, cuando todavía se podía caminar por el desierto sin encontrar botellas", dijo. "Ahora te toca a ti cargarlo". Yo quería un iPhone.

La piedra vivía en un cajón junto a mis calcetines hasta que el mundo se empezó a deshacer. Primero fueron los apagones de 48 horas. Luego el río Santiago se secó y su olor a muerto se quedó pegado en las paredes. La prepa cerró porque el domo de calor de mayo ya no bajaba de 45 grados.

Mi abuela murió en el tercer apagón. No por el calor, sino porque su oxígeno eléctrico no despertó. La enterramos sin flores: ya no había. En su caja metí el trilobite. Me pareció lo justo.

Esa noche soñé con el mar. No el mar de Puerto Vallarta al que íbamos en el año 2024. Un mar sin gente, sin plás-

tico, con bichos como mi piedra nadando en colonias que tapaban el sol. Desperté con el fósil en la mano. No recordaba haberlo sacado de la tumba.

Empecé a cargarlo. A todos lados. En la fila para el agua, en el refugio climático, en los toques de queda. La gente me decía "el chico trilobite". Se reían, hasta que dejé de enfermarme.

Mientras a los demás les salían llagas por el agua de lluvia ácida, mi piel seguía limpia. Mientras tosían polvo del desierto nuevo que llegaba hasta Guadalajara, mis pulmones no ardían. Un doctor del refugio me escaneó. "No tienes nada especial", dijo, "salvo que tu sangre tiene un compuesto que no reconozco. Como si hubieras tragado un océano viejo".

El trilobite empezó a pesar menos. Cada semana, un gramo. Como si se estuviera vaciando. Yo empecé a soñar más. Veía la explosión cámbrica, la tierra partiendo, el asteroide, los mamíferos escondidos, la mano de mi abuelo recogiendo la piedra en 1998. Veía futuros: ciudades bajo domos, niños con branquias, desiertos verdes. Todos los futuros dolían.

Una madrugada de 2027, el gobierno anunció la "Ley de Reubicación Forzada". Nos moverían a los domos de Querétaro. Solo cabía el 20 %. El resto, suerte. La lista salió en las pantallas del refugio. Mi nombre no estaba.

Salí a caminar. Ya no había adonde. El cerro del Cuatro era una duna. En la cima, saqué el fósil. Ya no pesaba nada. Era una cáscara, un negativo de aire. Lo apreté y se hizo polvo entre mis dedos. Un polvo gris que no cayó: flotó. El

polvo me rodeó, se metió en mi nariz, en mis ojos. No ardió. Sabía a sal, y entonces entendí la herencia.

Mi abuelo no encontró el trilobite. El trilobite lo encontró a él. Cuando mi abuela supo que no habría futuro, me lo pasó a mí. No era un fósil, era un archivo. Trescientos millones de años de instrucciones para sobrevivir a un planeta que se reincia. La endosimbiosis, la fotosíntesis, la adaptación. Todo comprimido en calcio.

El polvo se asentó. Miré mis manos. Tenían líneas nuevas, como costillas. Respiré el aire de 50 grados y no pasó nada. Bajé del cerro y caminé al refugio. No me dejaron entrar. "No estás en la lista". "No necesito entrar", dije. "Voy a salir".

Caminé tres días por el desierto nuevo. La piel no se me ampolló. Donde pisaba, a las horas brotaba algo verde. Pequeño, terco. No sé si era yo o el polvo. No sé si soy el último humano o el primer "algo más".

Hoy escribo esto en una libreta de corteza porque el papel se deshizo con la humedad. Enterré la libreta junto a un charco que ayer no existía. Si la encuentras, no busques al chico trilobite. Busca una piedra, tócala; te tocará.

René Navarro Huízar
[<<Estrella del norte>>]
Preparatoria Regional de Colotlán

Infancia en pasado

En la casa siempre habitaban la soledad y un vacío sepulcral. Nunca había música, reuniones familiares ni salidas juntos. Me dirigí a la cocina para ver qué encontraba en el refrigerador, creyendo que esta vez mis padres habrían comprado algo para desayunar. No había nada. Todo estaba completamente vacío.

No escuchaba los ronquidos de mi papá, así que supuse que habían salido, como casi todas las mañanas. Nunca estaban en casa. Nos decían que iban a trabajar, pero cuando regresaban por la noche no traían comida; solo llegaban oliendo a alcohol y a cigarro. A veces me gustaba imaginar que teníamos otros padres, unos mejores, que sí nos amaban, que pasaban tiempo con sus hijos y que tenían suficiente dinero para mantener la despensa llena.

Un ruido se escuchó detrás de mí. Tocaban la puerta. Era nuestra vecina, doña Carmen. Siempre había sido muy linda con nosotros; de esas señoras amables que uno tiene la suerte de encontrar en la ciudad.

—Les traje unos huevitos con jamón para tu hermana y para ti. Vi que tus papás salieron temprano. Supuse que tenían hambre.

—Muchas gracias, doña Carmen. Se ven muy ricos.

—Disfrútenlos, hijo. Nos vemos luego. Tengo que ir al mercado por algunas cosas.

—Sí, cuídese.

Me sentí más tranquilo cuando vi la comida. Pensé que, al menos ese día, no tendría que salir a pedir dinero. No es que no me gustara trabajar; hacía de todo, solo que la gente del barrio no siempre era amable. Dejé el plato en la mesa y fui a despertar a mi hermanita. Era pequeña, educada y siempre lograba sacarme una sonrisa sin importar lo mal que estuviera el día.

—Vamos a almorzar, chaparra. Doña Carmen nos trajo huevitos.

Se levantó emocionada y corrió a la cocina. El día anterior solo habíamos comido un pan con jamón por la mañana. Nos sentamos en la mesa. Yo le dije que no tenía hambre, que se comiera todo. Me miró con desconfianza, pero aceptó.

—Apúrate. Tengo que ir con don Manuel al mercado. Hay que sacar unos pesos para la comida.

Asintió y terminó rápido. Salimos de casa.

—¿Cómo está, don Manuel?

—Muy bien, chamaco. Apúrate a bajar esas cajas de jitomate, que los clientes esperan.

Todos los días iba con él a ayudarle en su puesto. Al final me daba unas monedas con las que compraba algo para comer. Mientras trabajaba, vigilaba a mi hermanita de reojo.

Jugaba con otras niñas cerca del mercado. Ese lugar siempre me pareció seguro; la gente era amable.

Cuando cerraron, don Manuel me dio el dinero. Tomé a mi hermana de la mano y salimos. Todavía quedaba algo de luz. A unas cuadras había un puesto de tacos. Cuando alcanzaba, cenábamos ahí. Ese día sí alcanzó.

Al regresar a casa, todo estaba a oscuras, intacto, como lo habíamos dejado. Nuestros padres aún no llegaban.

—Vete a dormir, ya es tarde —le dije.

Se fue a la cama. Yo me quedé sentado esperando. No sé cuánto tiempo pasó, pero no volvieron. Era común que no durmieran en casa. Me acosté, demasiado cansado para pensar más.

Me despertaron unos golpes en la puerta. Todavía estaba oscuro. Caminé arrastrando los pies y abrí. Era doña Carmen. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ay, mi niño… no sé cómo decirte esto, pero mi hija llegó del hospital y me contó que hace unas horas ingresaron a dos adultos por sobredosis. Eran tus papás. Los médicos hicieron todo lo posible, pero no se salvaron. Lo siento mucho.

Lloré. Aunque no eran buenos padres, los quería.

—Gracias por avisarme.

Cerré la puerta y me senté. Lloré tan fuerte que desperté a mi hermanita. Me preguntó si estaba bien. Me limpié la cara y le dije que sí, que solo estaba llorando por tonterías. Me abrazó y volvió a dormir.

Esa noche no me moví de la silla. Pensé en todo, hasta quedarme dormido. Al amanecer, mi hermana me despertó.

Preguntó por nuestros padres. Le dije que habían salido temprano. Me creyó. Dijo que tenía hambre.

—Tengo algunos pesos —le dije—. Ponte los zapatos.

Compré un pan y fuimos al mercado. Don Manuel ya estaba ahí. Trabajé como siempre. Mi hermana jugaba cerca. Ese día hubo más trabajo. Pensé que podría comprarle algo mejor para cenar.

Al terminar, busqué a mi hermanita. No la vi. Grité su nombre. Nadie respondió. Me acerqué a unas señoras.

—¿Han visto a una niña pequeña? Traía una blusa rosa…

—Unos vecinos dijeron que una camioneta blanca se llevó a una niña —respondieron—. La descripción coincide.

Sentí que todo se me iba del cuerpo. Las amigas de mi hermana estaban llorando. Dijeron que un hombre les había ofrecido jugar y luego se la llevó.

Corrí sin rumbo, preguntando a todos. Nadie sabía más. Fui a la fiscalía. Di los datos. No tenía ninguna foto. Activaron la alerta. Me preguntaron por un adulto. Mentí. Dije que nos cuidaba una vecina.

Me llevaron con doña Carmen. Lloró conmigo. Los policías dijeron que solo quedaba esperar.

Pasaron los días. No hubo noticias. Una semana después, doña Carmen me dijo que ya no podía quedarme. Su esposo no quería.

Luego, la señora de la renta nos corrió. La casa ya no era nuestra. Pensé en don Manuel.

—¿Cree que pueda quedarme aquí un tiempo? —le pregunté.

—Claro, m'ijo. No te preocupes.

Vivía solo. Trabajábamos juntos. Por las tardes yo iba a la fiscalía. Nunca hubo noticias.

Una noche, mientras cenábamos, me tocó la pierna. Me dijo cosas que me incomodaron. Me negué. Entonces cambió el tono.

—Si no haces lo que te digo, te pongo en la calle.

Sabía lo que era vivir en la calle. No dije nada.

Desde entonces, cada día fue igual. El mercado por la mañana. El infierno por la noche. Me sentía sucio, vacío. Nadie me preguntaba nada, nadie me habría creído.

Una tarde regresé a la fiscalía. No para preguntar por mi hermana, sino para decir la verdad. No lo hice con valor. Lo hice cansado. Me sentaron frente a un escritorio. Me hicieron repetirlo todo más de una vez. Nadie me miró a los ojos. Nadie tomó notas cuando mencioné a don Manuel. Solo asentían, como si ya supieran cómo terminan esas historias.

No volví a dormir en esa casa. Me llevaron a un lugar donde había otros niños como yo, camas alineadas, luces blancas, horarios estrictos. Nadie preguntó por qué hablaba tan poco y nadie volvió a preguntarme qué había pasado en el mercado.

Pasaron los días. Nadie volvió a mencionar a mi hermana. Su nombre dejó de aparecer en las conversaciones, como si al no decirlo pudiera borrarse. Entendí entonces que decir la verdad a veces te saca de un infierno, pero te lleva a lugares que te hacen sentir casi de la misma forma.

Aunque seguía siendo un niño, solo quedaba seguir viviendo con lo que quedó.

Montserrat Vega López
[<<Mont>>]
Preparatoria 8

Lo que el agua arrastra

El agua nunca se queda quieta, aunque no haga ruido. A veces siento que me habla, pero no con palabras. Supongo que crecí así, entre canales medio olvidados de Xochimilco, aprendiendo a leer lo que otros no ven.

Me llamo Xolo. Soy un ajolote y voy a la prepa. No es lo mejor: paredes grafiteadas, profes que a veces ni llegan y un patio donde el concreto está roto, pero ahí está mi banda. El Borre, quien nunca se queda callado, la Neni, quien vende dulces en el descanso de la prepa, y Chispas, quien siempre trae una cosa rara, como un radio que apenas se escucha.

El descanso es de las mejores cosas. Nos juntamos a comer unos elotes con chile junto con unas bolsitas de churros que pican hasta el alma. Luego armamos retas con lo que hubiera, a veces con botellas vacías; jugamos una lotería hecha por nosotros con cartas del barrio. Ahí todo se siente más tranquilo, más ligero, aunque dure poco.

Afuera el agua siempre seguía sucia. Las cosas en casa no siempre estaban bien y había días en los que alguien dejaba de ir a la prepa y nadie preguntaba el porqué.

Una tarde, después de las clases, nos quedamos sentados viendo el canal, tomando unos chescos en bolsa. Sumergido en mis pensamientos y en la realidad que vivía, observaba la suciedad, pero lleno de momentos buenos con mi banda.

—¿Tú qué quieres hacer después? —Neni preguntó pensativa.

Me tardé en responder.

—No quiero quedarme aquí —respondí algo serio.

El Borre se rio.

—Pues ojalá —dijo Borre, algo entusiasmado, intentando cortar el ambiente pesado de la plática.

—Aquí hasta el agua se queda atorada —contestó Neni con una sonrisa un poco amarga, señalando el canal con su chesco.

Todos nos reímos tantito, pero de esas risas que se van apagando rápido. El sol ya iba bajando, mientras que el canal ya se veía más gris que verde; una bolsa de plástico flotaba, como si tuviera prisa por llegar a ningún lado.

—Mi jefa dice que el que sale de aquí ya no vuelve —dijo Neni con un tono de tristeza.

Mientras hablábamos, el Chispas estaba intentando arreglar su radio, golpeándola con su palma. El aparato soltó pura estética y luego se escuchó una voz: "En los últimos días se reportan desapariciones en distintas zonas de la ciudad… los casos involucran a jóvenes y adultos". La

radio estaba teniendo fallos en la recepción hasta que dejó de funcionar. No sé por qué, pero en el momento me quedé pensando tanto que el ruido de alrededor pareció callarse. Recordé que la renta estaba atrasada, que mi jefe llevaba semanas sin encontrar una chamba fija, que a veces nos aguantábamos el hambre por unos días porque "mañana cae algo", que algunos profes pensaban que ninguno de nosotros llegaría lejos.

El viento olía a humedad y a gasolina.

Del otro lado del canal se escuchaban unos morrillos jugando y una señora gritándole a su chamaco que se metiera porque ya era tarde. Las luces empezaban a prenderse en las casas una por una, reflejándose en el agua sucia.

—¿Tú sí te irías? —preguntaba Neni, pero esta vez de forma diferente, con un tono de dudas e incertidumbre, mirándome seria. Me quedé callado. Una cosa era decirlo y otra hacerlo una realidad. Irme significaba mucho, dejar las calles donde crecí, aunque estuvieran hechas pedazos, donde el ruido nunca se callaba, pareciendo que el canal tenía vida propia. Pero también quería otra cosa: despertarme sin escuchar las peleas de mis jefes por tener una vida digna, salir de prepa con miles de oportunidades, dejar de sentir que el mundo ya había decidido cuánto valíamos desde antes de nacer.

—Mi carnal se preguntaba lo mismo; ahora anda en las afueras lavando platos doce horas al día —habló Chispas, pareciendo también algo abstraído por sus pensamientos.

—Pero, gana bien, ¿no? —preguntó Borre, con una expresión de preocupación por lo antes dicho.

—Sí… pero ya ni habla como antes —contestó Chispas con un tono cargado de seriedad.

Nadie respondió. La Neni se levantó y se sacudió el pantalón.

—Mañana hay clases —dijo Neni, volteando a ver el cielo ya oscuro.

—Y retas —Borre contestó con una pequeña sonrisa.

Nos reíamos todos y ahí íbamos los cuatro; cambiamos de tema, hablando puras tonterías para no pensar en cosas tan pesadas. Nos quedamos en silencio un ratito; el agua se movía despacio, arrastrando todo lo que encontraba. Fue entonces que entendí algo: tal vez no podemos cambiar todo de golpe, ni el canal, ni la escuela, ni la vida que nos tocó, pero sí podemos movernos, aunque sea poquito, aunque sea lento como el agua. Porque mientras sigamos ahí, haciendo ruido en medio del silencio, significará que todavía no nos rendiremos.

Carolina Reyes Garibay
[<< Mythos>>]
Preparatoria 5

Phobos

Conoce la exposición que lo cambiará todo. Aventúrate a desafiar tus miedos, si te atreves.

Con la leyenda "*Phobos:* vitrinas de lo que alguna vez fue libre", los encargados del Museo Regional Inmersivo se jactan de tener la única exposición capaz de capturar el miedo verdadero en la sociedad, ese que permanece dentro de nuestro ser.

Los invitamos a que no se pierdan esta experiencia que seguro será memorable. Se espera recibir por lo menos dos mil turistas con el propósito de asistir a esta instalación. No se la pueden perder.

Noticiero matutino

Fui yo quien dio apertura a la eminencia del siglo. Jamás había presenciado tanta gente reunida, ni siquiera la vez que vino aquel reconocido expresionista famoso por publicar sus trabajos en redes sociales, cuyo nombre ya todos olvidaron.

Cómo desearía no haber cortado el listón rojo. Las personas que entraban no eran las mismas que salían, si tan solo esa puerta hubiera permanecido cerrada…

Tijeras

Todos los días se llena de turistas, pero nunca vi a nadie regresar. Eso no sería extraño en curiosos, a quienes les gana el morbo de ver qué hay dentro, pero sí en los pocos que aún disfrutan la experiencia de venir a un museo.

Conserje del museo

Arte común para gente común, nada que no se haya visto antes. Lo único a reconocer aquí es la habilidad de los artistas para retratar a cualquier don nadie.

Crítico de arte autoproclamado

Esto es inaudito. Mi esposo estaba tan avergonzado cuando mi cuñado le mostró que nuestros rostros ahora formaban parte de una exposición tan indigna; lucían compungidos como los demás y fuimos puestos bajo el escrutinio público. Nos trastornó la vida.

Nueva rica

¡Qué hombres tan cortos de pensamiento son todos! ¿Es que estos se dejaron de transformar cuando sus facciones

se formaron? El arte transmuta y se enrama, se mimetiza con la sociedad, ¿qué sentido tendría si permaneciera igual?

Artista expositor anónimo

Demanda millonaria: el Museo Regional Inmersivo (MRI) debe pagar una multa de tres millones de pesos por estafa, violación a la privacidad y daño moral tras abrir una nueva sala donde se exponían retratos de sus visitantes.

Periódico digital

Grité muy fuerte, pero nadie me escuchó. Quise golpear el marco, pero ni siquiera pude moverme. La cordura me deja un poco cada día. Cada nuevo rostro y cada hora que pasa son como caer de un edificio estando a punto de impactar, pero sin llegar nunca al suelo. Los pobres niños no tienen idea de que sus padres quedarán encerrados en la desesperación, colgados sobre una pared esperando algún día golpear el piso.

Luisa Manríquez

Creo que todos nos sentimos de la misma forma, pero nadie se atreve a ser el primero en hablar. Estamos sentados en el sillón sin pronunciar una palabra. Desde que salimos del museo, la vida se siente diferente, como si de pronto tomáramos consciencia de nuestro alrededor y todos los objetos hubieran adquirido una dimensión distinta. Se ve todo

con mayor nitidez, pero carece de realismo e incluso de significado. Ni esta casa, ni esta familia, ni esta vida parecen relevantes ahora.

Víctor Ramos

De pronto me siento vacío. Mi trabajo son solo cosas por hacer de manera automatizada, la risa es solo el sonido dentro de un mecanismo que ya no sé usar y el sentido me ha abandonado. Pisar el pavimento descalzo a las tres de la tarde poco o nada importa; no es que la grava no queme o que las ampollas no sangren después, es que no hace nada más.

Todo esto es como no estar ni vivo ni muerto, por eso me clavé el cuchillo en el estómago una vez más. Así al menos siento calor.

Ernesto Guerra

Las autoridades ingresaron esta mañana al Museo Regional Inmersivo, cuyo nombre ha estado en boca de todos por los acontecimientos de las últimas semanas, esperando confiscar las pinturas dentro de su más reciente instalación, *Phobos,* pero vaya sorpresa se llevaron al ingresar al recinto y darse cuenta de que ¡no estaban las pinturas! Habían desaparecido junto con sus expositores. Los registros que pudo haber alguna vez no se encuentran y el museo no se quiere hacer responsable de lo sucedido. El caso permanece abierto.

Noticiero matutino

Microrrelato

Cuando lo breve cuenta

Carmina Alejandra García Serrano

Los microrrelatos reunidos en estas páginas forman parte de Creadores Literarios FIL Joven 2026, certamen dirigido a estudiantes del Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara, que ofrece a los jóvenes un espacio para desarrollar y compartir su creación literaria. Entre las categorías que integran el concurso, el microrrelato presenta una exigencia particular: construir, en un texto de extensión muy reducida, una situación narrativa capaz de adquirir sentido por sí misma y, al mismo tiempo, sugerir aquello que permanece fuera de sus límites.

La brevedad constituye uno de los principales retos del microrrelato, pues exige construir una historia completa mediante un número reducido de palabras. Esta condición requiere seleccionar los elementos indispensables de la narración y recurrir a distintos procedimientos para condensar el sentido; de ahí la importancia que adquieren, en este tipo de texto, la elipsis, la sugerencia y la ambigüedad. El desenlace también es un elemento clave, pues mediante él puede modificarse la interpretación de lo narrado.

Los trabajos seleccionados muestran diversas maneras de resolver este desafío. Se observa una recurrencia a lugares y situaciones cotidianas que progresivamente adquieren un sentido distinto al que presentan al comienzo de la narración. Una cama, una fotografía, una casa, un estanque, una mudanza, un viaje o un juego familiar funcionan como elementos comunes a partir de los cuales se introduce lo sobrenatural o lo inesperado. Este procedimiento permite transformar lo cotidiano y conducir al lector hacia una interpretación que, en numerosos relatos, se modifica en las últimas líneas.

Entre los temas que aparecen se encuentran el miedo, la muerte, el recuerdo, la pérdida, la violencia y el duelo. La muerte adquiere múltiples funciones dentro de los relatos, constituye el acontecimiento alrededor del cual se organiza la historia o explica en retrospectiva la situación del personaje. En otros casos, el miedo se construye mediante la presencia de aquello que permanece oculto o cuya identidad se desconoce. De esta manera, varios de los textos exploran los límites entre lo cotidiano y lo fantástico y recurren a la incertidumbre para producir su efecto narrativo.

Del mismo modo, otros microrrelatos se centran en la memoria, los vínculos familiares, los afectos y los sueños. En ellos se recuperan momentos aparentemente pequeños que adquieren una dimensión distinta por su significado para los personajes. Esos textos amplían el registro temático del conjunto y muestran que el microrrelato puede construirse tanto desde lo inquietante y lo fantástico como desde experiencias vinculadas con la memoria y los afectos.

Uno de los procedimientos narrativos más recurrentes en los trabajos seleccionados es el giro final. En varios de ellos, las últimas palabras proporcionan elementos que obligan a resignificar lo leído, por ejemplo: el personaje que finalmente descubre su propia identidad en aquello que lo atemoriza; quien narra una historia sin saber (o sin revelar) que está muerto; o quien parece huir ante el descubrimiento de un crimen hasta que el desenlace permite comprender su participación en él. De esta forma, el final de los microrrelatos reorganiza los indicios anteriores y produce un segundo sentido que solo puede comprenderse plenamente una vez concluida la lectura.

En este contexto es que surge la importancia del lector para el microrrelato. La reducida extensión impide explicar todos los elementos que conforman la historia y vuelve necesario dejar implícitos algunos elementos que el lector debe reconstruir a partir de los indicios proporcionados por el texto y de sus propios conocimientos. La brevedad, por tanto, se relaciona directamente con la economía narrativa: pocas palabras deben proporcionar los elementos suficientes para construir una situación y, a la vez, permitir que parte de su significado permanezca implícito.

Los microrrelatos seleccionados como ganadores en Creadores Literarios FIL Joven 2026 ofrecen una muestra de las formas en que jóvenes estudiantes se aproximan a la creación literaria y experimentan con las posibilidades de la narrativa breve. En unas cuantas líneas, cada uno construye un pequeño universo narrativo y deja al lector la tarea de completar aquello que la brevedad permite apenas sugerir.

Uriel Octavio Gandara Sánchez
[<<El tiburón>>]
Preparatoria Regional de Amatitán

Debajo de la cama

De niño le temía a lo que había debajo de la cama. De joven también… porque una noche escuché mi propia voz susurrar desde abajo:

—Ya casi es mi turno.

La foto

Encontré una foto antigua en mi casa. Lo extraño es que no era mi amiga que aparecía en ella, sino la persona en la ventana… saludándola. Igual que ahora.

El deseo

El genio le concedió tres deseos. En el último, el joven pidió no necesitar nada más. El genio sonrió… y desapareció, porque ya no hacía falta.

Laura Mariana Sánchez Olguín
[<<Luna de papel>>]
Preparatoria Regional de Degollado

El lugar de los sueños

Cada noche, antes de dormir, dejaba un vaso de agua junto a la ventana. Decía que así sus sueños tendrían dónde quedarse.

Una madrugada despertó y encontró el vaso vacío. No le dio importancia hasta que, al levantarse, vio unas pequeñas huellas mojadas que iban desde la ventana hasta su cama. Desde entonces, dejó dos vasos. Uno para sus sueños y otro para que no se fueran.

La última estrella

Mi abuela decía que las estrellas eran recuerdos de personas que habían amado mucho.

Una noche me senté con ella en el patio y le pregunté cuál era la suya.

Se quedó mirando el cielo y señaló una estrella pequeña que apenas podía verse.

—Esa —dijo—. Cuando yo ya no esté, búscala.

Años después, volví al mismo patio. Busqué la estrella, pero no la encontré.

Entonces entendí que algunas personas no se quedan en el cielo. Se quedan en nosotros.

La puerta azul

En el pueblo había una puerta azul que nadie podía abrir. Todos decían que detrás no había nada.

Un día, una niña decidió tocar tres veces. La puerta se abrió. Del otro lado estaba su propia casa, pero mucho más grande, llena de fotografías de momentos que todavía no habían sucedido. En una de ellas aparecía ella, ya adulta, sosteniendo una llave. Debajo de la fotografía había una frase: "No tengas miedo de llegar hasta aquí".

Cinco minutos

Todos los días, él llegaba cinco minutos tarde a la escuela. Su maestra siempre lo regañaba, hasta que un lunes decidió preguntarle por su impuntualidad.

—Porque mi mamá sale a trabajar muy temprano —respondió— y esos cinco minutos son los únicos que tengo para desayunar con ella.

La maestra miró el reloj.

Al día siguiente, cuando él llegó, ella ya estaba esperándolo con una silla junto a la suya.

—Hoy puedes llegar cinco minutos tarde —le dijo—. Hay cosas que valen más que un reloj.

Cuando vuelva a soñar

Guardé en una caja todos los planes que no me atreví a cumplir. Había un viaje, una canción, una carrera, una carta y muchas cosas que alguna vez dije que haría "algún día".

Durante años pensé que la caja era un recuerdo de mis fracasos. Hasta que una tarde la abrí. No había nada terminado, pero tampoco había nada perdido. Cerré la caja y sonreí. Tal vez los sueños no se vencen, quizá solo esperan a que volvamos a creer en ellos.

Ginelly Soto Medina
[<<Ginn>>]
Preparatoria Regional Lagos de Moreno, Módulo Villa Hidalgo

El monstruo bajo la cama

Hay un monstruo bajo mi cama, lo sé. Todas las noches me atormenta, me tortura, me habla con balbuceos que poco a poco se retuercen hasta formar frases, que se implantan en mi cerebro y me ponen histérico.

Nunca he podido verlo con claridad, pues cuando por fin salgo de aquel infernal trance y me decido a prender la luz, su silueta oscura y difusa rápido se esconde debajo de mi cama, volviéndose una con la áspera penumbra, la cual nunca me he atrevido a ver fijamente.

Recientemente su presencia se ha vuelto algo más que insoportable. Se ha vuelto aterradora. Sus balbuceos se volvieron dagas que me atraviesan con crueldad. Su silueta comenzó a volverse real… Pero hoy decidí tener valor, y al encender la luz lo seguí hasta lo más oscuro y retorcido de las penumbras y, por fin, pude distinguirlo claramente: era yo.

Duelo

Desde el funeral, un frío entumecido ha envuelto la casa; cada paso que doy por los interminables pasillos me provoca un dolor gélido innombrable en mi alma. Juro que incluso puedo sentir cómo el aire me abraza de una forma nostálgica, la cual me enloquece una y otra vez. Ya he dado miles de vueltas confusas que no me llevan a ningún lado, con la esperanza de volver a encontrarte, pero cuando por fin lo hago, vuelves a esfumarte como si de un vago recuerdo se tratara, por más que trato de seguirte, no puedo alcanzarte.

Cada vez que nos volvemos a ver entre los pasillos de la casa, tus lágrimas opacan tu mirada, y tus plegarias resuenan en mi mente. Es en esos momentos cuando caigo en cuenta de que no estoy loca, solo estoy muerta.

La mudanza

Llevaba solo una semana viviendo en ese apartamento, que era algo viejo y pequeño, pero no me importaba mucho, pues sus alrededores eran muy tranquilos y compensaban todo lo demás. Lo eran hasta que empezó a circular una noticia que me dejó con un nudo en el estómago y una inquietud punzante en mi pecho. Habían hallado un cadáver por las cercanías.

Después de la noticia, aquella tranquilidad que tanto me agradaba desapareció de forma casi espontánea y, en su lugar, el miedo y la incertidumbre comenzaron a carcomerse lentamente desde lo más profundo de mi ser.

En ese instante no dudé en tomar mis cosas e irme lejos lo antes posible mientras me maldecía a mí mismo. Juraba que lo había escondido perfectamente esta vez.

Francisco Emiliano Rivera Muñoz
[<<Sin nombre>>]
Preparatoria Regional Amatitán

Mamá siempre encuentra todo

Entonces le repetí a mi hijo el mismo sermón de siempre: ¿y si lo encuentro qué te hago?... y como obra de magia el viento me susurró con su voz:

—Llévame a casa…

Como en los viejos tiempos

Estuve persiguiendo a mi hermana, como cuando éramos niños. Lástima que esta vez el cuchillo y años de rencor terminaron el juego.

Lo que con amor empezó con amor terminó

Ese momento volvió a sentirse como cuando se vieron por primera vez. Ese abrazo fuerte y las lágrimas en los ojos, pero una cara de desesperación en ella.

Tal vez sería la euforia de la relación que llegó a su fin, o tal vez la navaja perforando su abdomen…

Viaje en familia

Iban felices a la vieja casa del lago de su padre; en ese momento, la pareja disfrutaba de un vino añejo, brindando, viendo a sus hijos en el lago gritar, saltar y abrazarse entre ellos. Desde ese ángulo parecía que la pasaban bien, pero tal vez olvidaron el pequeño detalle de que los niños no sabían nadar…

Darío Hernández Reyes
[<<Dernez>>]
Preparatoria Regional de Zapotlanejo

La última consulta

Me senté en el sillón para escuchar sus problemas, pero se quedó dormida antes de darse cuenta de que yo ya no tenía pulso.

Olvido

Dejó sus zapatos junto al estanque y se sumergió para siempre en su propio reflejo.

Duelo

Fui a visitar la tumba de mi hermana. Corté los abrojos, cambié las flores y limpié las lápidas. Casi al irme, miré de reojo el retrato que mi madre nos tomó el primer día de escuela.

—¡Ah! —suspiré—. Lo olvidé de nuevo. Ninguna de las dos sobrevivió al accidente.

Control de calidad

Estaba desde la mañana caminando entre los pasillos de la fábrica; llevaba horas revisando que ninguna cabeza tuviera imperfecciones, hasta que una le guiñó el ojo.

Audiocuento

Motivos

Rogelio Vega

Estamos a escasos años de alcanzar el año 2030. La cifra, al menos para los integrantes de mi generación, era sinónimo de asombro. Sencillos cuatro números que encerraban desde autos voladores hasta la promesa, alucinante, de alcanzar en un parpadeo las distantes estrellas. Inmensas las expectativas, insuperables los sueños. Sin embargo, ante la amenaza constante del cambio, del violento parpadeo que puede terminar con todo, encuentro en las luchas individuales y cotidianas un aliciente y merecido refugio. Hay una necesaria terquedad en no abandonar lo verdaderamente importante: lo que nos configura como seres humanos. Me resuena, claro, la familia reunida en torno a la radio; y, mucho más atrás, la de una entusiasta multitud alrededor del fuego, escuchando historias y compartiendo experiencias.

Herederos directos de aquellos círculos íntimos y sencillos, me entusiasma descubrir una colección estudiantil de audiocuentos: vistazos breves de un esfuerzo, el primero de ellos, por elegir un camino apartado del pesado y asfixiante culto a la imagen. Hay, encerradas en las voces que no conocemos, en el empeño que ponen para contarnos un relato, un viso

y motivo de esperanza. Cinco audiocuentos en particular resultaron distinguidos en esta convocatoria: "Mamá siempre encuentra todo", conmovedor y muy a lugar con las lamentables circunstancias que enfrenta nuestra ciudad; "Mi último intercambio", escalofriante y consciente de su forma y género; "La llamada de las 3:17", la transformación de una *creepypasta* con la carga de consciencia y apapacho que necesitamos; "El xolo y el coyote", una fábula que rescata nuestras tradiciones con atención al poder y su responsabilidad; y "Harkfild", una fábula oscura que nos brinda bellas pero inquietantes imágenes.

Autores jóvenes que eligieron, desde su pronta trinchera, marcar una diferencia. ¡Felicidades, y va mi agradecimiento por regalarme con sus breves palabras un nuevo respiro de confianza!

Jonathan Alexander Díaz Valdivia
[<<W.D>>]
Preparatoria Regional de Chapala

Harkfild



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

José Emmanuel Segovia López
[<<A, tempus>>]
Preparatoria Regional de Degollado

La llamada de las 3:17



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Francisco Emiliano Rivera Muñoz
[<<Sin nombre>>]
Preparatoria Regional Amatitán

Mamá siempre encuentra todo

Escanea este código y disfruta del audiocuento.

José Julián Gómez Núñez
[<<Julgo>>]
Preparatoria Regional de Casimiro Castillo

Mi último intercambio



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Leonardo Uriel Martínez López
[<<Marlop>>]
Escuela Vocacional

El xolo y el coyote



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Crónica

Todo lo que nos pasa

Eduardo Jorge González Yáñez

Las buenas crónicas atienden a una inclinación antigua y esencial. Deseamos saber qué pasó, queremos que nos cuenten. Queremos volver y escuchar qué ocurrió aquella tarde, cómo era ese lugar, quién estaba ahí, qué se dijo y qué se pensaba.

La materia prima de la crónica son los acontecimientos que pertenecen al mundo y sus recursos, todos los que ofrece el lenguaje. Si nos lo permitimos, una crónica puede ser cualquier cosa. Es esa su suerte. La literatura sabe el camino para que un hecho verdadero contenga la magia de un domingo idéntico a los otros y la mística de un espacio inexplorado.

La crónica no busca realidades extraordinarias. Más bien, mira el mundo amorosamente y lo reordena. El texto es un hechizo: "Esto ocurrió, yo estuve ahí. Mira cómo se ve el mundo desde este lugar".

Eso hacen los textos reunidos en este volumen: dar cuenta de la fascinación por el paso del tiempo, por las ambiciones de los demás, por el pasado y el futuro incierto, por el descubrimiento del ser. No son grandes acontecimientos, sino todos sitios inesperados, que recuerdan a la juventud

cuando florece, en el juego entre la intuición y el aprendizaje, la precisión y el impulso, el cuidado de la técnica y la urgencia de contar.

En la intensidad y el cariño de esa ternura hay un destello de optimismo y fe. La técnica vendrá con el tiempo y las arduas conversaciones. Por ahora, escribir es conservar el entusiasmo, la sorpresa y la tendencia al uso de la palabra. Eso guardan estos textos: preguntas que detienen la velocidad, cada vez más virtual, cada vez más sintética, de la vida vertiginosa, para recordarnos que el mundo está dispuesto para nosotros. Los textos que siguen son prueba de ello.

Jimena Alejandra Alcántar Arroyo
[<<Alebrije08_arroyo>>]
Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

Al caer la noche del domingo

Casi todas las tardes se pasaban igual, aunque las rutinas, pensándolo más claramente, también dependían de la estación en la que se encontraran. Esta vez era el mes de mayo, cuando el calor era tremendo, casi insoportable. Aun así, por las calles disparejas del pueblo de San Juan, alguno que otro niño corría descalzo con sus amigos, gritando feliz mientras que los adultos se ocultaban en el interior de sus hogares, buscando mantenerse frescos; en realidad, no todos. En la laguna los pescadores extendían sus redes; los agricultores mantenían la siembra hidratada para que no muriera; en el cerro algunos se dedicaban a recolectar nopales o camotes para vender.

Las señoras enviaban a sus hijos por el mandado que se necesitaba para que la comida estuviera lista y servida para eso de las 15:00 horas. En esos momentos cocinar era casi un fastidio, una tortura, encerrándolas junto al vapor de verduras que se cocían a fuego lento y el sol que se filtraba por las ventanas de la casa. Sudar era inevitable. Mas no

todo era malo: el fuerte sol favorecía a la ropa lavada, ayudando a que se secara de una manera mucho más rápida.

Por la calle Hidalgo aún quedaban escombros de cuando arreglaron el suelo, aún se veía uno que otro cono con cinta amarilla que servía para indicar precaución, pero que ya no sorprendía ni paraba a nadie. Al terminar de comer, las personas seguían con sus deberes, limpiando, arreglando y (si es que tenían negocios de cenaduría) preparándose.

A eso de las 18:30 horas las aves daban sus últimos vuelos y los murciélagos bajaban de las cuevas del cerro para sus primeras rondas. El aullar de los perros comenzaba más fuerte. El cantar de los gallos se apagaba.

Desde las 18:45 repicaban las campanas de la iglesia; las personas bajaban. Como a las 19:14 pm se comenzaba a notar el cambio de color en el cielo, del azul claro al anaranjado de la tarde, al rosa del día marchitando y, finalmente, el morado que daba paso a un azul fuerte, permitiendo que el firmamento oscureciese por completo hasta tornarse en un negro al cual las estrellas decorarían como cada noche. Eso marcaba que el fin de semana estaba terminando.

Por la calle Abasolo se encontraba la escuela, que ahora permanecía vacía, pero que, al llegar la mañana siguiente, estaría repleta de infantes que cumplían con su deber de ir a estudiar.

Al caminar por la calle Zapata se podía observar que la secundaria "Tierra y Libertad" también estaba vacía. El viento, fresco, fuerte de la laguna, agitaba las palmeras, los pinos y las hojas de los otros árboles. La misma laguna parecía estar serena; sus aguas apenas se inmutaron al sentir el

viento. A la noche la acompañaba el ruido de pequeños grillos, el revolotear torpe de los insectos que se pegaban a las lámparas más brillantes y las personas que salían a la plaza principal a disfrutar del fresco resoplar del aire.

A las 20:00 horas los que asistieron a la misa comenzaban a salir y buscar cena para su familia. Los puestos de cenaduría se preparaban para atender a sus clientes, aquellos que siempre los apoyaban en sus negocios.

Cuando se deambulaba por el pueblo en alguna casa se escuchaban las risas de un grupo de niños, en alguna otra las voces de una plática familiar seria; o la soledad de algún pequeño que se quedó solo en casa; quizá los gritos de discusión en un hogar, los cambios de humor adolescente, una reflexión personal, algún niño o niña irresponsable que hacía la tarea en último momento, o la nostalgia que traía a algunos una noche así, una que parecía revivir un pasado en el que todo parecía completo en lugar de roto.

Las nueve de la noche y algunos pequeños seguían despiertos; nadie cuidaba sus horarios de sueño y era claro que no tenían la intención de hacerlo solos. Ninguno quería que la diversión terminase tan rápido; sería una lástima despedirse de esa libertad.

La luna parecía jugar a las escondidas. Un segundo podrías ver que se encontraba ahí y al siguiente, ya la habían cubierto las nubes. La noche misma daba finta de ser un contraste de perspectivas, marcando una clara diferencia en las maneras únicas en que cada ser veía el mundo, pero sus caminos nunca se cruzaban, nunca se daban el tiempo de comprenderse por completo.

Resultaba extraño pensar en que, por algún rincón, alguien observaba una noche hermosa, otra persona veía el mismo paisaje y se decía: "Mira qué bien reflejada está la tristeza en esta noche". Esa pequeña comunidad era solo un ejemplo, porque debajo de ese cielo nocturno sabíamos que se podían encontrar opiniones diferentes y, entre tantas personas, algunas concordaban. Si tan solo tuvieran la oportunidad de conocerse, pero se encontraban separadas, limitadas, atrapadas en su propia realidad.

De vez en cuando algún avión sobrevolaba el firmamento. Los niños lo seguían corriendo en un juego, como si pudieran alcanzarlo, como si fuese a aterrizar pronto, cerca de ellos. Alguna vez todos fuimos iguales, repletos de esa bella curiosidad infantil y esa inocencia que brillaba más que las mismas estrellas, hambrientos por desenvolver los secretos del mundo en el que nos encontrábamos. Aquellos pequeños veían las lucecitas titilando, se maravillaban, después paraban, dejándolo ir.

Eran las 22:00 horas y la mayoría de los niños ya habían sido mandados a la cama, soñaban, se encontraban protegidos en sus hogares, bajo un techo y una manta que les brindaba calor. Las calles parecían vacías; más aún, habría alguien despierto, solo que permanecía en secreto. El pueblo quedó inactivo a eso de las 12 de la noche.

La madrugada de un nuevo lunes llegó. Las primeras actividades eran a las 5:00 horas, cuando los gallos volvían a cantar, cuando las personas salían a trabajar y los astros nocturnos atenuaban su brillo hasta hacerlo desaparecer.

Después, a las 6:00, aquellos adolescentes del turno matutino de bachillerato se levantaban; posteriormente, los que entraban a secundaria a las 7:00, seguidos de los que entraban a la escuela a las 8:00 horas.

La semana volvía a comenzar. La llegada del viernes era, una vez más, algo que se anhelaba. Las rutinas se adaptaban, pero no cambiaban demasiado. Todos seguían igual, con ese vacío y ese cansancio que habían imaginado que se les quitarían con esos dos días en los que tenían la oportunidad de parar las labores más pesadas, pero seguían igual de extenuados. "Ya descansaremos para la próxima", se consolaban, pero había algo que, por más que se intentara, nunca se llenaba.

Alfredo García Ayala
[<<Freddy>>]
Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

De la brisa del mar a los pasillos de la escuela

A veces, cuando estoy sentado en una banca de la preparatoria de Tlajomulco de Zúñiga esperando a que toque el timbre para mi siguiente clase, me quedo observando a la gente pasar. Veo a mis compañeros, a los prefectos y a los profesores. Entre todos ellos, de pronto aparece una mujer caminando con seguridad, cargando libros, saludando a los alumnos que le dicen: "¡Buenos días, maestra Moni!". Es la maestra Mónica Ayala, la que lleva 29 años impartiendo clases de español. Todos la conocen como una profesora estricta pero buena onda, de esas que te dejan huella. Pero para mí ella es mucho más que eso: es mi mamá.

Tengo quince años y, como cualquier adolescente, a veces doy por hecho las cosas que tengo. Veo a mi mamá prepararnos el desayuno, calificar exámenes en la mesa del comedor o regañarme si dejo un calcetín tirado, y se me olvida que, antes de ser mi mamá y antes de ser la maestra Mónica, fue una niña que tuvo que luchar muchísimo para

llegar hasta donde está. Por eso, cuando nos dejaron este trabajo para el concurso, supe de inmediato que no quería escribir sobre algún héroe de los libros de historia ni sobre alguien famoso de internet. Quería hacer una crónica sobre ella. Porque su vida es la historia de alguien que empezó desde cero y que, con base en puro corazón, construyó todo lo que hoy somos.

La historia de mi mamá no empieza en un salón de clases ni en el ruido del tráfico de la ciudad. Su historia comienza muy lejos de aquí, en un pueblito llamado Punta Pérula, allá en la zona sur de Jalisco, en la famosa Costa Alegre. Es un lugar donde el mar está pegadito, donde hace calor casi todo el año y donde la vida se mueve a un ritmo diferente.

Específicamente, ella creció en un ranchito que se llamaba La Fortuna.

Si a veces me quejo de que mis dos hermanas y yo hacemos mucho ruido en la casa, no me puedo imaginar cómo era la casa de mi mamá. Ella pertenece a una familia enorme: son 12 hermanos en total, seis hombres y seis mujeres. Catorce personas viviendo bajo el mismo techo. Sus papás, mis abuelos, fueron los encargados de mantener a flote ese barco lleno de niños.

Mi abuelo, don Reynaldo Ayala, no era de la costa. Él venía de La Garita, un pueblito cerca de Tamazula, por el rumbo de Mazamitla, una zona de montañas y frío. Sin embargo, terminó haciendo su vida cerca del mar. Era un hombre súper trabajador. De él, mi mamá aprendió que las cosas requieren esfuerzo. Mi abuelo tenía una huerta de mangos

que era la principal fuente de ingresos de la familia. Con eso se ayudaban a sobrevivir económicamente. Mi mamá me cuenta que vivían de manera muy sencilla, aunque holgada; es decir, no había lujos, no había teléfonos de última generación ni tenis de marca, pero nunca faltó la comida en la mesa gracias a esa huerta y al trabajo duro de mi abuelo.

Por otro lado, estaba mi abuela, doña Concha. Ella venía del estado de Guerrero. Si tuviera que describirla con las palabras de mi mamá, diría que doña Concha era una mujer muy humana. Tenía esa sencillez de la gente de antes y un corazón tan enorme que le alcanzaba para querer y cuidar a sus 12 hijos por igual. A pesar de que eran tantos y de que la vida en el rancho no siempre era fácil, el hogar que construyeron don Reynaldo y doña Concha era increíblemente cálido. Mi mamá siempre me dice que, aunque vivían con mucha sencillez, eran profundamente felices. Había cariño, valores y respeto.

Todo iba bien, pero cuando mi mamá tenía unos siete u ocho años, se topó con su primer gran obstáculo. Como buen ranchito alejado, en La Fortuna no había escuelas. No existía la comodidad que tengo hoy de caminar unas cuadras o tomar un camión para llegar a la prepa. Para que ella y sus hermanos pudieran estudiar, tenían que trasladarse a otro pueblito que se llamaba José María Morelos.

El detalle es que ese pueblito estaba a 10 kilómetros de distancia de su casa. A sus siete años, cuando los niños hoy en día apenas si quieren caminar al parque, mi mamá tenía que recorrer esos 10 kilómetros todos los días. A veces me pongo a pensar en ella a esa edad: una niña chiquita, cargando

su mochila en medio de los caminos de tierra, sintiendo el sol de la costa en la cara, yendo a la primaria porque en el fondo sabía que estudiar era su única herramienta para salir adelante.

Ese trayecto de 10 kilómetros se volvió su rutina. Ahí, en José María Morelos, estudió toda la primaria y también estudió en una secundaria técnica. Nunca le tuvo miedo a la distancia. De hecho, creo que esos viajes diarios fueron los que le forjaron el carácter. Le enseñaron que, si quieres llegar a un destino, tienes que poner un pie delante del otro, por más lejos que parezca.

Pero el momento más duro de la historia llegó cuando terminó la secundaria. La preparatoria y la universidad no estaban a 10 kilómetros; estaban mucho más lejos. Para poder seguir estudiando, tuvo que tomar una decisión que le partiría el corazón a cualquiera: dejar La Fortuna, despedirse del mar, de la huerta de mangos, del calor de sus papás y del bullicio de sus hermanos, y trasladarse sola a Guadalajara.

A mí me cuesta trabajo imaginarme a su edad, empacando mis cosas y yéndome a una ciudad gigante y desconocida. Ella lo hizo. Fue una etapa muy difícil. Me cuenta que fue una historia llena de sentimientos encontrados. Había mucha emoción por conocer cosas nuevas, pero también mucha tristeza por estar lejos de casa. Sentía el peso de la responsabilidad de no fallarles a don Reynaldo y a doña Concha, que se habían quedado en el rancho confiando en ella.

En Guadalajara, la vida era rápida y no esperaba a nadie. Tuvo que adaptarse a los camiones, al ruido, a las multitudes y, sobre todo, a arreglárselas sola. Estudió la preparatoria y luego entró a la universidad. Le puso muchísimo corazón a todo lo que hacía. Cada vez que sentía que no podía más, supongo que se acordaba de los mangos de su papá y del abrazo de su mamá, y sacaba la fuerza para salir adelante.

El tiempo pasó, los sacrificios dieron frutos y esa niña que caminaba 10 kilómetros para ir a la primaria se convirtió en maestra; no en cualquier maestra, sino en una que lleva 29 años dedicándose a enseñar español. Enseñar a leer, a escribir, a expresarse; enseñar la importancia de las palabras, algo que ella valora muchísimo.

El destino y la vida la trajeron finalmente a Tlajomulco de Zúñiga. Aquí echó raíces. Conoció a mi papá, Alfredo García, y juntos decidieron formar su propia familia. Tuvieron tres hijos. Nosotros somos su nuevo motor. La casa donde crecí, aunque no tiene 12 niños corriendo ni una huerta de mangos en el patio trasero, tiene la misma calidez que doña Concha le enseñó a mi mamá.

Hoy, mi mamá tiene toda una vida construida. Cuando se levanta por las mañanas para ir a impartir clases a la Prepa de Tlajomulco, la misma donde yo estudio hoy, la veo prepararse su café con esa misma disciplina de siempre.

Es chistoso pensar que ahora compartimos la misma escuela. A veces nos topamos en el recreo y, aunque me da un poco de pena que mis amigos me vean saludando a mi

mamá en medio del patio, la verdad es que por dentro siento algo muy grande.

Quise hacer este trabajo y escribir esta crónica porque me he dado cuenta de algo importante. A mis 15 años, apenas estoy descubriendo qué quiero hacer con mi vida, qué carrera quiero estudiar o a dónde quiero llegar. Cuando me siento confundido o creo que las tareas son muy pesadas, solo tengo que voltear a verla.

Mi mamá, la maestra Mónica Ayala, no es un personaje de un libro; es de carne y hueso. Viene de Punta Pérula, cruzó caminos de tierra, venció la soledad en la ciudad, se convirtió en una profesionista increíble y formó una familia llena de amor.

Esta crónica es para que el jurado del concurso y todo el que la lea sepan un poquito de la mujer tan maravillosa que es. Sobre todo, la escribí para ella, para que sepa que cada vez que la veo entrar a un salón de clases, no solo veo a una profesora de español; veo a mi más grande ejemplo a seguir, y me siento el hijo más orgulloso del mundo.

Sherlyn Afraidy Delgadillo Rodríguez
[<<Alejandro D.>>]
Preparatoria 10

La 636

Tras un año de haber abandonado el deporte debido a un conflicto con mi identidad, quise comenzar de nuevo.

Mamita (mi abuela) y yo salíamos del cine. Tras meses de habérmelo planteado en exceso, le pedí que fuéramos a pedir informes al CODE aprovechando que estábamos cerca. Caminando por la avenida Alcalde, con las manos empapadas de sudor (un problema del que nunca he sido consciente de cuándo empezó), cruzamos la entrada. Me entregaron una lista con los documentos requeridos y me comentaron que podía pasar a la cancha a tomar una clase de prueba. El cuerpo se me paralizó y me arrepentí al instante. No quería volver a atravesar la situación que me había llevado a renunciar: que me vieran como la persona que no soy, presentarme bajo un nombre que no me pertenecía.

Salí huyendo, pero Mamita me detuvo. Me dijo que si no entraba en ese momento nunca lo haría. Sus palabras me cayeron como una bofetada dolorosa, porque eran la pura verdad.

Entré a una cancha pequeña, donde me esperaba quien sería mi entrenadora. Me hizo algunas preguntas de rutina, entre ellas mi nombre; la incomodidad me escocía por dentro. Tras dos horas extenuantes de práctica, finalmente me inscribí.

A partir de entonces, cada martes y jueves se convirtió en una batalla constante contra mi mente. Los síntomas de mis nervios se manifestaban sin falta: ir al baño más de nueve veces antes de la hora del entrenamiento, la garganta seca o las manos completamente agarrotadas.

Pocas semanas después, aguardaba el camión al finalizar la práctica. Recuerdo haberme sentado en el primer asiento, del lado donde se encuentra la máquina para depositar las monedas. Ahí fue donde lo vi: subió rápido y se acomodó justo detrás de mí, con los audífonos puestos. La luz azul me impedía percibir con claridad su rostro, pero lo reconocí de inmediato. Era alguien con quien compartía cancha; su nombre es César.

Lleno de remordimientos sobre el pasado —como no haberle demostrado mi admiración a la primera persona que me hizo enamorarme del basquetbol—, me prometí no volver a quedarme con nada guardado. Aun dudando, me giré hacia atrás y le hablé, sintiendo un profundo alivio al ver que no me ignoraba. La conversación fue breve, pero me contó que vivía cerca de El Grillo y que, como el transporte no pasa por ahí, solía bajarse en la farmacia.

En la parada donde se encuentra el negocio de "Ta'chistortas" me di cuenta de que César esperaba el camión; ese se convirtió en nuestro punto de encuentro. Él

subía, se percataba de mi presencia, hacía un gesto simpático de decepción negando con la cabeza agachada y luego sonreía. Cuando había lugares disponibles nos sentábamos juntos; cuando no, yo intentaba mantenerme cerca.

Casi siempre nos llevaban los mismos tres choferes: el gordito moreno, el señor delgado con el brazo lleno de cicatrices o el que siempre era muy amable. Bromeaba con César diciéndole que ya los conocía a todos. Lo que más disfrutaba compartir con él era el instante en que lograba sacarle una sonrisa.

César me otorgaba toda la confianza de la que yo carecía: me pasaba el balón aun sabiendo que fallo constantemente, me animaba cada vez que defendía, me explicaba lo que no entendía de los ejercicios y me seguía el juego cuando lo molestaba.

Al finalizar los entrenamientos, nos encontrábamos esperando la ruta 636 en la parada de Prolongación Alcalde y Científicos. Muchas veces César estaba acompañado por otro compañero de la cancha. Yo lo observaba a distancia, preguntándome si algún día podría ser así de cercano a él, si lograría convertirme en su amigo. Cuando ese compañero no asistía, yo intentaba conversar con César entre silencios e interrupciones simultáneas, pero rodeados de risas y recuerdos agradables.

Aún recuerdo el día en que fui a entrenar sin el permiso de mi mamá. Nos fuimos juntos y el regreso fue igual; le regalé un Cappuccino Assassin que llevaba en la mochila. El regaño en casa valió completamente la pena.

El 17 de diciembre celebramos nuestra posada antes de salir de vacaciones. Le escribí una carta en la que expresaba todo lo que deseaba decirle y se la entregué una vez que tomamos asiento en el camión.

Al día siguiente me lo volví a cruzar durante el recorrido de la tarde y regresamos juntos; su amigo no lo acompañaba. Subimos a la unidad 4325, aquella que tiene afelpados los marcos de los vidrios y que por las noches enciende sus mágicas luces led de un azul intenso que no me deja percibir con claridad lo que me rodea. Hablamos mientras el tráfico nos estancaba y el camión se llenaba de pasajeros. César mencionó el festival navideño de Coca-Cola y una señora cayó encima de mí cuando el chofer dio una vuelta brusca.

Estábamos por llegar al Mercado Bola, donde él siempre se baja, junto a la Farmacia Guadalajara. Me comían las ansias por preguntarle qué opinaba de mi carta, pero me limité a cuestionarle si la había leído. Dijo que sí, agachó la cabeza y rio. No me atreví a indagar más y solo le dije: "Con eso tengo". Cuando estaba por descender, le dije que había sido un gusto conocerlo y le pedí un abrazo.

Esa noche, recordando aquella sonrisa bajo el resplandor fluorescente, no pude dejar de llorar: ni mientras me duchaba para quitarme el sudor del entrenamiento, ni cuando intentaba conciliar el sueño. Sentía el mismo dolor en el pecho de aquel 18 de diciembre de dos años atrás, la fecha en que abandoné el basquetbol por primera vez. Me agobiaba no haber comenzado antes, sintiéndome estancado pero feliz, porque esta vez no habría arrepentimientos.

Llegó enero, pero aún no me atrevía a decirle a César quién era yo realmente; aún no lograba presentarme con mi verdadero nombre. Era como si la vida lo hubiera puesto en mi camino para poner a prueba mi valentía y darme una nueva motivación: el tipo de jugador y de persona en la que me quiero convertir.

Pronto sería su cumpleaños, el mismo día que el de mi hermano, y decidí aprovechar la ocasión. Tras discutir conmigo mismo sobre si debía confesarle que mi nombre es Alejandro y no el que todos usaban para llamarme, volví a redactar una carta. Le regalé un peluche de Chimpancini Bananini y un pastel pequeño de la pastelería Paulette.

Con un nudo en la garganta pensando en lo que opinaría o si se alejaría de mí, mantuve la intriga durante dos días. En esa carta le expuse a César, con absoluta vulnerabilidad, mis complejos e inseguridades plasmados en hojas de papel que iban más allá de ser un simple escrito: eran la parte más sincera de mi ser.

La madrugada del 22 de marzo saldríamos de viaje a la playa por el cumpleaños de mi hermano. Mi mamá se molestó y se generó un conflicto en casa del que quise escapar. Ya entrada la noche, caminé desde mi hogar hacia el estacionamiento del Auditorio Telmex, un lugar donde no puedo ser visto ni escuchado con claridad, pero que me brinda tranquilidad. Justo en ese instante recibí un mensaje de César: me decía que me admiraba por mi valor y que siempre me consideraría un amigo.

Ese mensaje le dio consuelo a todo lo que estaba sucediendo en mi vida. Lloré durante el camino de regreso

mientras el cielo lucía hermoso, teñido de un azul casi morado, y la luna esbozaba una sonrisa pequeña pero brillante. Aunque César aún no pronuncia mi nombre en voz alta, me siento más cercano a él que nunca.

Desde niño recuerdo la indescriptible sensación que me provocaban las luces led del camión; me perdía en ellas, me envolvían por completo. Con César, esas luces finalmente cobraron sentido.

César es quien me da las mejores asistencias, quien me saca una sonrisa con solo mirarlo y a quien espero cruzarme en cada entrenamiento para volver a viajar a su lado bajo el azul resplandeciente de la ruta 636.

Oswaldo Uriel García Rodríguez
[<<El Viajero Azulgrana>>]
Preparatoria Regional de Degollado

La consolidación del imperio Cule

Barcelona, 17 de septiembre del 2014, 20:45 horas
Comienza el camino del futbol club Barcelona en la Unión de Asociaciones Europeas de Futbol (UEFA) Champions League contra el club de futbol de los griegos de Nicosia, Chipre (APOEL) en el Camp Nou. El partido se complica para el equipo local, pero al minuto 28 Gerard Piqué da un cabezazo potente y envía la pelota adentro de la red. El partido estuvo reñido, ya que la defensa del APOEL consumió al equipo blaugrana por completo, ese único tanto y un 67 % de posesión del balón hacen que el Barcelona gane en su debut de Champions League.

París, 30 de septiembre del 2014, 20:45 horas
El Barcelona llega a París, exactamente al Parc des Princes, estadio de su siguiente rival, el Paris Saint-Germain (PSG). El estadio se llena por completo gracias a este gran partido y los aficionados no pueden esperar al silbatazo inicial. Por desgracia para el Barcelona, el PSG se adelanta con un tanto

de David Luiz en el minuto 10, proveniente de un centro, aunque poco les duraría la alegría, ya que en unos instantes Messi da el empate para el Barcelona con un impresionante gol con su pierna zurda. Al 26, llegaría otro tanto para el PSG por parte de Marco Verrati, proveniente de un tiro de esquina, y se terminaría la primera parte. Después de 15 minutos de entretiempo, empieza la segunda parte y, con un gol de Matuidi al 54, gana por diferencia de dos. En el 56, Neymar la recibe de pecho y, con un toque, manda a guardar la pelota, aunque, después de toda esta acción, el marcador no tendría ningún cambio y el PSG se llevaría el triunfo siendo local.

Barcelona, 21 de octubre del 2014, 20:45 horas
El equipo catalán se enfrenta al Ajax de Ámsterdam en el Camp Nou. A los minutos de iniciar el partido, Neymar abre la lata con un zurdazo al segundo poste inalcanzable para el portero, al 24 Messi tendría un mano a mano frente a la portería y con un tiro Razo conseguiría el dos a cero para su equipo y a los minutos finales con un gol de El Ghazi el Ajax recorta distancias, pero no sirvió de nada porque en el tiempo añadido Sandro daría la victoria al Barcelona poniendo el marcador 3 a 1 a favor del Barcelona.

Ámsterdam, 5 de noviembre del 2014, 20:45 horas
El Barcelona viaja hasta Ámsterdam para jugar contra el Ajax en su propio campo. A falta de 10 minutos para que termine el primer tiempo, un mal rechazo del portero le da la oportunidad a Messi de rematar de cabeza, lo cual hace

el primer tanto del partido. En la recta final, Messi recibe un centro raso que le da la oportunidad de marcar el dos a cero definitivo en Ámsterdam.

Nicosia, 25 de noviembre del 2014 horas
El equipo culé viaja hasta Nicosia, la capital de Chipre, para enfrentarse de nuevo contra el FC APOEL. A casi media hora del inicio del encuentro, Luis Suárez convierte el primer gol del encuentro y su primer gol oficial. Messi se sumaría al marcador con un *hat-trick*, anotando respectivamente en los minutos 38, 58 y 87, y así terminaría el encuentro con victoria blaugrana.

Barcelona, 10 de diciembre del 2014, 20:45 horas
Los parisinos llegan al Camp Nou para enfrentarse al equipo local en la lucha del primer lugar de la clasificación en el grupo. El partido comienza con emoción los primeros minutos, ya que el PSG al 15' con un disparo imparable de Zlatan Ibrahimovic da el uno a cero sobre el equipo local, por desgracia para el equipo visitante un descuido de su defensa deja solo a Messi y al minuto 19 da un zurdazo potente y pone el empate en el encuentro. A tres minutos de terminar el primer tiempo Neymar realiza un tiro potente desde fuera del área que es inatajable para el portero y se llevan al descanso el marcador de dos a uno. En la segunda parte, en el minuto 54 el arquero Sirigu da un rebote y el uruguayo Suárez aprovecha y convierte el tercer gol para el local en el encuentro. El Barcelona, después de esta victoria, pasa como primero de grupo en espera a su rival en octavos de final.

Manchester, 24 de febrero del 2015, 20:45 horas
El Barcelona llega al Etihad Stadium para enfrentarse en el partido de ida contra el City, en el cual el Barcelona, en el minuto 16, ya lo iba ganando con gol de Luis Suárez mediante un pase excelente. A falta de 10 minutos de terminar la primera parte, el Charrúa pondría el dos a cero con un gol de cabeza. Alrededor del minuto 70, Sergio Agüero marcaría el único gol del conjunto Citizen.

Barcelona, 18 de marzo del 2015, 20:45 horas
El partido de vuelta no tendría mucha acción; solo habría un gol del Barcelona que afirmaba su pase a cuartos.

París, 15 de abril del 2015, 20:45 horas
El Barcelona se vuelve a encontrar contra el PSG pero ahora en cuartos de final. El visitante empezaría ganando con un gol de Neymar en el minuto 18, proveniente de un pase de Razo y en la segunda parte Luis Suárez marcaría un doblete respectivamente en el minuto 67 tras librarse de dos defensas. En el minuto 79 un duelo directo contra el arquero y el jugador Jérémy Mathieu llevaría a un penoso error al anotar en su propia puerta y darle un gol al PSG. Aunque el marcador quedara tres a uno aún podría definirse en el partido de vuelta.

Barcelona, 21 de abril del 2015, 20:45 horas
Los parisinos llegan con esperanzas de remontar la eliminatoria en el Camp Nou, pero no contarían con que en los primeros 15 minutos no los dejarían de pasar de media can-

cha y al minuto 18 del primer tiempo Neymar recibe un balón de Andrés Iniesta que se lleva a cuatro jugadores y termina siendo el uno a cero del partido. En el minuto 31 del partido tiran un centro al área y Neymar se eleva entre todos los centrales y pone el dos a cero final y así el Barcelona pasa a semifinales.

Barcelona, 6 de mayo del 2015, 20:45 horas
El Bayern de Múnich llega al Camp Nou y saben que será un partido reñido. La mayoría del partido no pasaría nada interesante hasta el minuto 79, cuando Messi recibe el balón y da un zapatazo seco directo al primer palo que da el uno a cero. En el minuto 80 Messi hace una jugada magistral y deja tirado a un defensor; pica la pelota al arquero y para culminar el partido en el tiempo agregado Neymar proviene de un contraataque, queda solo contra el arquero y define con su pierna zurda; da el tres a cero final.

Múnich, 12 de mayo del 2015, 20:45 horas
El equipo catalán viaja a Múnich para disputar el partido de vuelta en el Allianz Arena, hogar del Múnich. El partido comienza con adrenalina, ya que en el minuto 7, con un cabezazo, Benatia marca el primer gol para el equipo bávaro, al que aún le quedan por marcar tres goles para pasar a la gran final. Pero sus aparece Neymar y marca dos goles: el primero proviene de un pase raso y el segundo de un rebote en los minutos 15 y 29 respectivamente. El Bayer volvería con más fuerzas que nunca en la segunda parte, ya que en el minuto 54 Müller, con un tiro de media distancia y un tiro potente

de Schweinsteiger en el minuto 74, les regresaría la ilusión. Sin embargo, no fue suficiente para pasar, ya que el global terminó con el marcador de tres a cinco, a favor del Barcelona, el cual pasa a la gran final.

Tras unas eliminatorias de infarto los dos mejores equipos llegan a la final: por una parte, el Barcelona y por la otra la Juventus de Turín.

Berlín, 6 de junio de 2015, 20:45 horas

Los dos equipos se ven las caras en el Estadio Olímpico de Berlín en busca de la gloriosa UEFA Champions League y el estadio se siente como el mismísimo coliseo romano. El Barcelona se adelanta con un gol tempranero en el 4, procedente de Iván Rakitic, quien le da la victoria momentánea a su equipo. La Juventus estaría contra las cuerdas todo el primer tiempo. En el minuto 54 llegaría la respuesta de la Juventus por parte de Álvaro Morata con un rebote que deja mal parado al arquero blaugrana y termina dentro de la red, por lo que pone el empate en el marcador, pero no contarían con que Luis Suárez estaría en el área con total libertad de movimiento y, rematando un balón aéreo, daría el dos a uno.

La emoción no termina ahí, ya que a punto de terminar el partido, justo en el minuto 90+7 el Barcelona hace un contraataque que deja a Neymar solo contra el arquero y da el tres a uno definitivo, lo que convierte al Barcelona campeón de la UEFA Champions League por quinta vez en su historia.

Fátima Camila Aguilar Alejandre
[<<Quokkaheart>>]
Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

La niebla que me tragó a mí también

Yo cumplí 14 años en 1888. Vivía en Thrawl Street, a tres cuadras de donde todo empezó. Esto no es un reporte. Es lo que pasó en mi barrio mientras mi madre me prohibía salir después del té.

31 de agosto del 1888, 3:40 horas
La primera fue Mary Ann Nichols. Mi vecino Charles Cross la encontró en Buck's Row cuando iba al trabajo. Llovía. Dijo que tropezó con "una lona". No era lona. Tenía 43 años, cinco hijos y la garganta abierta de lado a lado. Cuando llegó la policía, la sangre ya estaba fría. Esa mañana Whitechapel cambió de olor. Siempre olíamos a lúpulo y al matadero. Desde ese día olimos a miedo.

Mi padre dijo que Jack no estaba loco. Estaba siendo práctico. Aquí vivíamos 900 personas por hectárea. Una mujer sola a las tres de la mañana no era raro, era común; por eso la eligió. Aquí podías morir en 11 minutos y sin que nadie viera nada.

8 de septiembre del 1888, 6:00 horas
Annie Chapman apareció en el patio del 29 de Hanbury Street. Yo compraba pan a dos casas de ahí. El doctor que la revisó dijo que quien lo hizo sabía de anatomía. Le quitó el útero y se lo llevó. Tardó menos de 15 minutos. Tenía 47 años y vendía flores tejidas los domingos. Después de Annie, mi madre empezó a acompañarme por el pan.

30 de septiembre de 1888, la doble noche
1:00 horas, Dutfield's Yard. Elizabeth Stride, "Long Liz" estaba tirada junto a un carro con el cuello cortado. Mi hermano hacía rondas con la Vigilancia Vecinal y juró que oyó pasos corriendo hacia Commercial Road. Algo lo asustó y se fue sin terminar.

1:45 horas, Mitre Square. Cuarenta y cinco minutos después y 10 calles al oeste, Catherine Eddowes estaba boca arriba, con el rostro marcado, el riñón izquierdo y útero fuera. A la vuelta, en Goulston Street, dejaron un trozo de su delantal y una frase escrita con tiza en la pared: "The Juwes are the men that will not be blamed for nothing". Cuando pasé a la escuela al día siguiente, el muro ya estaba lavado. El comisario lo mandó borrar antes de que saliera el sol. Dijo que, si Londres lo leía, habría muertos al mediodía.

Esa noche entendí que Jack no solo mataba mujeres, también podía encender una ciudad.

Del 27 de septiembre al 16 de octubre del 1888
Empezaron a llegar cartas. La primera decía "Dear Boss" y estaba escrita con tinta roja. La firmaba Jack the Ripper.

Después vino la postal "Saucy Jacky". Luego, el jefe de la Vigilancia, George Lusk, recibió medio riñón humano en una caja. La nota decía "From hell". Mi madre quemaba los periódicos después de leerlos. "No metas al diablo a la casa", decía; pero el nombre ya estaba en todas las bocas. El Star vendía el doble. Por primera vez un asesino tenía apodo y público.

9 de noviembre del 1888, 10:45 horas

Mary Jane Kelly tenía 25 años y decía que volvería a Irlanda "hecha una señora". Vivía en el 13 de Miller's Court. Thomas Bowyer fue a cobrarle la renta, miró por la ventana rota y salió gritando. El inspector Abberline vomitó en el callejón. Fue la única asesinada dentro de un cuarto. Jack tuvo toda la noche, cuando acabó, no dejó cuerpo, dejó una habitación. Después de Mary Jane, paró. Nunca más. Lo encerraron, se murió o se fue a matar a otra parte.

De noviembre a diciembre del 1888

La policía interrogó a dos mil personas. En la taberna de mi padre solo se hablaba de tres: Montague Druitt, abogado. Tres semanas después de Kelly apareció flotando en el Támesis. Su familia dijo que "se había vuelto loco"; Aaron Kosminski, barbero polaco que Acabó en el manicomio. Decían que un testigo lo reconoció, pero no quiso declarar "contra un judío"; Francis Tumblety, médico estadounidense. Lo arrestaron el 7 de noviembre y se fugó a Estados Unidos de América antes del juicio.

No detuvieron a nadie. No teníamos huellas dactilares. No teníamos luz en los callejones. Solo teníamos niebla, miedo y periódicos.

Lo que quedó después: Tardaba entre tres y 11 minutos por mujer. En 11 minutos nos cambió tres cosas:

Primera, el nombre. Antes los asesinos eran "el de Ratcliff Highway". Después de 1888 todos tuvieron apodo.

Segunda, la prensa. Scotland Yard daba un dato y los periódicos inventaban 10. Ahí empezó eso de leer crímenes como si fueran novelas.

Tercera, mi barrio. Para 1900 tiraron la mitad de Whitechapel por vergüenza. Pusieron faroles en cada esquina. Nos urbanizaron a cuchilladas.

Esto es lo que más me duele: nos robó sus nombres. Mary Ann tenía cinco hijos; Annie tejía; Elizabeth limpiaba casas de judíos los domingos; Catherine cantaba baladas por un plato de sopa: Mary Jane planchaba. Hoy los *tours* cobran 20 libras por caminar la ruta de "Jack the Ripper". No dicen: "Mary Ann, Annie, Elizabeth, Catherine, Mary Jane"; dicen el de él.

En la actualidad, si caminas por Hanbury Street hay un Tesco. En Goulston Street hay oficinas; en Miller's Court también. La niebla se fue hace 137 años.

Yo tenía 14 años cuando empezó. Si viviera, tendría 152. Todavía aprieto el paso cuando paso por Buck's Row, porque aprendí que 11 minutos bastan para que cinco mujeres pobres se vuelvan eternas por cómo murieron, y para que un niño entienda que el miedo también se hereda.

Cartas a Quentin Zuttion

Presentación

Ma. Teresa Patricia García Lerma

La experiencia de participar como jurado en este certamen ha sido tan gratificante como interesante: desde el momento de tener entre las manos el libro al cual leyeron miles de jóvenes, observar la ilustración del mismo y suponer de qué podría llegar a tratarse solo con la imagen y lo que transmite.

Todas la princesas mueren después de medianoche, un título que va más allá de los estereotipos aprendidos de que las princesas salen adelante y vencen al mal: lo contradice completamente y, por el contrario, te invita a conocer más, saber de qué va. Al ser novela gráfica, cumple verazmente con su objetivo, ya que las ilustraciones son muy objetivas y, si en un momento se retirara el texto de la novela, la historia se cuenta sola con imágenes que te llevan de la mano con la historia.

Los seres humanos somos imperfectos y las situaciones de nuestro día a día conllevan aciertos y también errores, pero estos últimos nos conducen a un contexto de resiliencia, con la que aprendemos y crecemos.

La obra de Quentin Zuttion plasma una dinámica familiar que ahora en la sociedad es bastante común, pero

además de mostrar las problemáticas al interior del hogar, muestra cómo cada uno de los integrantes de la familia tiene sus propios problemas y cada uno tiene una perspectiva distinta de cómo se aprecia el mundo o cómo lo aprecia a uno mismo. Más allá de solo plasmar las situaciones en los distintos personajes, Quentin buscó cómo transmitir el sentimiento de no encontrarte a ti mismo en una etapa de reconocimiento como es la preadolescencia, y lo difícil que sería comprenderlo si lo ves desde dentro o fuera. Para mí, la medianoche de Quentin la traduzco como una oscuridad que se tiene que atravesar para poder salir adelante.

Ha sido gratificante leer las 30 cartas finalistas de este concurso. Todas fueron diversas, buscaron similitudes en su día a día, buscaron inspiración, pero todas aportaron un poco de sí a cada uno de sus textos, como todos los autores lo hacen. No me resta más que felicitar a cada uno de los jóvenes que se atrevieron a escribir sus cartas y contarnos parte de su historia, pero sobre todo a los ganadores por su originalidad y cadencia al escribir que lograron que sus historias me estremecieran tanto como, en mi caso, lo hace en algunas ocasiones la música.

Agradezco al Fondo de Cultura Económica y a Raquel Mendoza por la invitación para participar desde esta trinchera. No me basta más que dejar un mensaje para los participantes: que sigan escribiendo porque la escritura y la lectura nos llevan a recorrer diferentes mundos solo con darle vuelta a la hoja.

Kamila Medina Serrano
[<<Colinas Fugaces>>]
Escuela Politécnica "Ing. Jorge Matute Remus"
Primer lugar

Zapopan, Jalisco, 30 de mayo del 2026

Aprenderás que no importa en cuántos pedazos tu corazón se partió,
el mundo no se detiene para que lo arregles.
William Shakespeare

Respetable princesa de las madrugadas:
Hay libros que se leen y luego se olvidan. Hay otros que se quedan viviendo dentro de uno como un secreto incómodo. Tú perteneces a esos secretos.

Cuando empecé tu historia pensé que encontraría un cuento triste, quizá una historia sobre dolor y despedidas, pero terminé encontrando algo mucho más humano: el miedo de existir cuando el corazón ya está cansado de resistir. No sé si alguien te lo dijo alguna vez, pero tu manera de sentir era tan intensa que dolía incluso desde afuera. Cada pensamiento tuyo parecía una ventana abierta a la madrugada, a esa hora donde nadie sabe realmente quién es porque el silencio lo hace imposible.

Hubo momentos en los que quise detener la lectura solo para respirar. Tus emociones eran demasiado reales. A veces parecía que no hablabas desde las páginas, sino desde algún rincón escondido de quienes alguna vez se sintieron rotos sin saber explicarlo. Ahí está la magia más cruel de tu historia: uno termina encontrándose a sí mismo entre líneas que supuestamente pertenecen a alguien más.

Me hizo pensar mucho esa idea de que todas las princesas mueren después de medianoche. Tal vez porque la medianoche no es una hora, sino un límite: el instante exacto en el que se acaba la fantasía y comienza la verdad. Las princesas de los cuentos clásicos mueren cuando dejan de fingir que todo está bien, cuando entienden que el amor no siempre salva, que las heridas invisibles también sangran y que crecer significa despedirse de muchas versiones de uno mismo.

Mientras leía, sentí rabia por ti. Rabia porque el mundo suele romantizar el sufrimiento de las personas sensibles. A quienes sienten demasiado les llaman dramáticos, intensos o difíciles, cuando en realidad solo están intentando sobrevivir dentro de un corazón que no sabe sentir a medias. Tú no eras débil, eras alguien agotado de cargar emociones que otros ni siquiera podían comprender.

También sentí miedo de lo fácil que es perderse dentro de los propios pensamientos. Hay frases tuyas que parecían escritas a las tres de la mañana por alguien que ya no encontraba salida. Aun así, seguías avanzando. Eso fue lo que más admiré de ti: incluso rota, seguías caminando. Tal vez lentamente, tal vez arrastrando los recuerdos, pero seguías.

Tu historia me dejó una sensación extraña, como cuando termina una canción triste y el silencio pesa más que la música. No tuve un final feliz al cerrar el libro, pero sí una verdad. Comprendí que algunas personas no necesitan ser salvadas por un príncipe, sino escuchadas antes de que el mundo las convierta en fantasmas de sí mismas.

Quiero confesarte algo: hubo partes de ti que me dieron miedo porque se parecían demasiado a pensamientos que muchas personas esconden. Esa sensación de vacío, de cansancio emocional, de sonreír cuando por dentro todo se derrumba… creo que más personas se identifican contigo de lo que admitirían. Quizá por eso tu historia impacta tanto, porque no habla de princesas perfectas: habla de personas heridas intentando sobrevivir a la noche.

Si pudiera entrar al libro por un momento, no intentaría cambiar tu historia. Solo me sentaría contigo durante la madrugada, sin preguntas ni consejos vacíos; solo para que supieras que alguien finalmente entendió tu silencio.

Gracias por existir entre páginas. Gracias por demostrar que incluso las historias más oscuras pueden hacer sentir acompañado a alguien.

Aunque digan que todas las princesas mueren después de medianoche, creo que algunas simplemente aprenden a vivir con las sombras.

Atentamente
Colinas Fugaces

María Fernanda Gutiérrez Olivares
[<<De ausencias>>]
Preparatoria 8
Segundo lugar

Querido Quentin Zuttion:

Anoche terminé de leer *Todas las princesas mueren después de medianoche* con el corazón extrañamente inquieto, como una habitación que permanece en silencio después de haber escuchado música durante horas. Cerré el libro con lentitud y me quedé observando la portada durante algunos minutos, intentando entender por qué me vi a mí misma entre sus páginas, como el reflejo opaco de un espejo viejo que parece tener cierto retraso en sus movimientos, escarbando lenta y dolorosamente entre un mar de recuerdos oxidados.

Su historia no me pertenece, pero encontró rincones de mí que permanecían invisibles. Mientras avanzaba entre las páginas, pensé en la extraña manera en que algunas ausencias se vuelven permanentes. Mi padre, quien no parece diferenciarse demasiado del suyo, no estuvo en mis primeros triunfos ni en mis derrotas más silenciosas; con el tiempo,

dejé de saber cómo se extraña a alguien que nunca terminó de quedarse.

Ese abandono disfrazado de incertidumbre permaneció conmigo durante toda la lectura, así como aquel rechazo intermitente que reconocí tantas veces en mi padre, cuyo deseo por lo externo parecía más grande que el amor hacia su propia creación.

En el corazón de mi padre siempre estuvo presente ese sentimiento de insatisfacción hacia la vida que él mismo construyó, como contemplar un jardín cuidadosamente sembrado y notar, demasiado tarde, que nada en él había florecido de verdad.

Mientras leía a Cam, recordé lo sencillo que resulta romantizar aquello que únicamente nos estaba salvando de sentirnos completamente solos. También compartí su soledad con aquel espacio de mi vida que alguna vez se mostró incierto, rodeada de aquella incomprensión de permanecer en una habitación donde mi presencia era deseada, pero nunca verdaderamente querida.

Sin embargo, la tristeza de Cam no fue la única que reconocí entre sus páginas. En Lulu encontré otra herida distinta, más silenciosa y antigua, que llevaba años acompañándome sin nombre alguno.

Lulu se vestía de princesa y yo escondía mi gusto por la ropa holgada y las artes marciales detrás de comentarios que escuché demasiadas veces venir de quien más amaba: "Las niñas no se visten así", "¿Por qué no eres como tu hermana?", como si existir de otra manera fuera incorrecto.

A diferencia de Lulu, crecí sintiendo que muchas partes de mí debían permanecer cuidadosamente escondidas, como objetos demasiado frágiles para ser observados bajo la luz incorrecta. Mientras su madre acomodaba vestidos de princesa sobre él con una ternura que jamás parecía cuestionarlo, yo aprendía lentamente a doblar mis gustos, mis gestos y mi personalidad hasta volverlos lo suficientemente pequeños para no incomodar a nadie dentro de casa.

Mientras avanzaba entre sus páginas, pensé en todas aquellas veces en las que intenté convertirme en una versión más suave de mí misma, como si disminuir mi voz, cambiar mi ropa o esconder ciertos gustos pudiera finalmente volverme digna de permanecer en el corazón de otros.

A veces pienso que gran parte de mi vida transcurrió intentando encontrar un lugar que se sintiera parecido a *pertenecer*. Sin embargo, incluso dentro de los espacios donde permanecí más tiempo, siempre existió esa sensación silenciosa de estar solo de paso.

Una de las cosas que más permaneció conmigo apareció hasta el final, después de recorrer un día tan lleno de dolor junto a sus personajes, fue encontrar aquella dedicatoria dirigida al "Yoyo real", la cual me arrancó una sonrisa silenciosa que no esperaba sentir. Había algo profundamente tierno en esa disculpa infantil por un primer beso robado, como si incluso después de toda la tragedia todavía sobrevivieran pequeños recuerdos capaces de conservar intacta su inocencia.

Gracias por devolverme aquellos recuerdos que permanecían extraviados bajo el polvo del olvido; incluso los más dolorosos, los que todavía tiemblan cuando vuelven a mí. Su obra me hizo entender que no todas las heridas deben cerrarse por completo, porque algunas existen solo para recordarnos que fuimos humanos incluso en nuestra forma más rota.

Le agradezco, Quentin, por esta obra que devolvió color a pensamientos que durante mucho tiempo solo conocieron tonos grises.

Finalmente, le expreso mediante letras mi admiración por generar un sentimiento doloroso y ligeramente escondido entre las acogedoras páginas, letras y dibujos del pequeño Lulu, quien, sin entenderlo, fue valiente y se abrazó a sí mismo.

No necesito narrarle por completo quién soy para decirle que algo de su obra también me abrazó.

Aunque sus personajes jamás conocerán mi nombre, quiero pensar que alguna pequeña parte de mí permanecerá para siempre entre sus páginas.

David Uriel Escamilla González
[<<Davshiki>>]
Preparatoria 9
Tercer lugar

Guadalajara, Jalisco, 4 de septiembre de 2026

Incluso si no puedo dormir, estoy mirando eso, todo cambió, todo terminó.

Estimado Quentin:

Escribo esta carta para ti. La verdad, no tengo palabras: eres simplemente increíble. Entre más analizo cada escena, más significado le encuentro. Te felicito: esta obra es excepcional en todos los sentidos. Lo sé porque busqué el significado de la palabra y es justo lo que creo que es tu obra. También llega a ser profundamente dolorosa puesto que retratas a la perfección la crueldad que puede llegar a tener el mundo y la vida misma.

Desde que leí el título de la obra y vi la ilustración del libro, imaginé que sería desgarrador. Lograste transmitir un sentimiento inexplicable. Adoro cómo conectaste el título *Todas las princesas mueren después de medianoche* con una

narración tan profunda, una historia de una familia aparentemente construida, y la muerte de la princesa Diana que, sin duda, seguro fue una noche llena de insomnio, única, que cambió a todos, que lo cambió todo…

> He vivido contigo viendo tantas estaciones pasar, pero poco a poco, nos fuimos distanciando, de ese modo me adentré en la noche.

Es extraordinario pensar en la idea de una princesa real. Creo que todos llevamos una de algún modo, de alguna forma, ya sea feliz o triste, interna o más externamente; al igual que todos tenemos metas, esperanzas, deseos o algo que anhelamos hasta que nos damos cuenta de que solo es una imagen diseñada para ser admirada, pero nunca alcanzada, un breve momento, una ilusión, un sueño que desaparece tan rápido como el derretir de la nieve o la apertura de las flores; es increíble como lo planteaste.

Adentrarse en una noche como lo fue la de ese 31 de agosto, tan fría, dura, y oscura, que cambió al mundo con la muerte de Lady Di, y a los personajes mismos, debe ser algo tan complejo. Escribiste tan bien los personajes que es imposible no sentirte identificado o empatizado con ellos, pero si te soy sincero Yoyo y Lulu se ganaron mi corazón. Qué difícil es cruzar una línea tan delgada como lo es la de la amistad y el amor, pero aún más perder esa conexión. Nadie te prepara para eso, nadie sabe en realidad lo que significa. Las personas suelen minimizarte cuando eres pequeño,

por eso te agradezco por validar ese sentimiento y aún más por presentarlo en un niño pequeño de ocho años.

Incluso si pierdo mi rumbo y mis lágrimas brotan, no me detendré.

Considero que, cuando perdemos a alguien, absolutamente todo se queda: su olor, su esencia, sus gustos, sus palabras, sus promesas, sus sueños, los lugares donde estuvieron juntos, los recuerdos, los cariños, los sentimientos… realmente nada se va, todo se queda: los anhelos, la nostalgia; extrañas incluso algo que nunca ocurrió, una versión de esa persona que quizá ya ni exista, al menos no del todo. Esa persona se lleva una parte tuya y tú una de ella; sin embargo, no te llevas la posibilidad de volver a estar a su lado y los recuerdos se quedan impregnados como el humo del cigarro, tan profundo en la ropa y los huesos; y es ahí cuando seguir se vuelve difícil; pesa demasiado. Muchas veces llorar no es suficiente, hace que tu cuerpo arda por dentro. Muchas veces, en un intento por ayudar, nos dicen palabras reconfortantes, promesas que a veces ellos mismos saben que no se pueden cumplir. Desde mi punto de vista, el duelo es completamente seco, amargo y vacío, algo que nunca se acaba, algo con lo que tendrás que vivir toda la vida, y es muy fácil perderte.

Por más que no ames, no puedo evitar extrañarte.

Aceptar el duelo, el sufrimiento y la pérdida, es un proceso sumamente difícil. Todos hemos perdido algo, a alguien; ellos perdieron lo que más querían en esa medianoche, sin saber que encontrarían lo que necesitan en el amanecer, y aun en esa gran diferencia entre querer y necesitar, es imposible no desear lo que quieres. A mí me marcó mucho lo que pasó entre Lulu y Yoyo. No culparía a ninguno; ambos solo eran niños, pero me parece que sufrieron una condena inicua. Es algo que simplemente los marcará de por vida y no podrán olvidarlo.

> Al final de esta larga y oscura noche conocerás la luz de la mañana. Incluso si tengo miedo, puedo seguir viviendo y cuando salga el sol, volveré a seguir.

Finalmente, creo que este libro golpea fuertemente, porque nos recuerda algo: el mundo es doloroso. Lamentablemente vivimos en un mundo lleno de estereotipos, prejuicios, limitaciones, violencia, maltratos y demás cosas que provocan daños severos e irreparables, pues una vez que algo se rompe, es imposible que vuelva a ser lo mismo, no importa cuánto te esfuerces; pero eso está bien, nada permanece para siempre y todo está en constante cambio.

Al leer esta historia, no pude evitar pensar en una obra igual de excepcional, Given (2020), película que me ha enseñado tantas cosas. Una de ellas, que me gustaría compartirte en específico, es la del mismo título; como sabes, *given* significa algo así como "lo que te fue dado", no lo que ele-

giste, no lo que merecías, simplemente lo que la vida puso en tus manos.

El cierre de esta obra puede parecer amargo, pero nos muestra un tierno comienzo, doloroso, pero al final no podemos cambiar a las personas ni al mundo, solo a nosotros, y siempre que pasemos por una "medianoche", debemos buscar ese "amanecer", que representa un nuevo comienzo, pues el sol siempre volverá a levantarse.

Disculpa por hacerte esta pregunta, pero me parece que esta bella historia es tuya. Quentin: ¿cómo encontraste ese amanecer?

Con una profunda admiración, Davshiki.

Índice

Presentación 5
Carmen Margarita Hernández Ortiz

Poesía 7

La poesía como refugio 9
Angélica Martínez

Karina Paola Llamas Rangel

Violentamente frágil 12
Noviembre 12
Ósculo 13
Tú 14
Nitofilia 15
User not found 16
Maldita prosapia 17

María Tonantzin Becerra Lara

Amé tanto 18
Cuando el dolor aprende mi nombre 21
Aprendiendo a ser fuerte 23

Carolina Reyes Garibay
Retaguardia 24
Deshabitada 26
Sábana incendiaria 27
Disfraz 28
Mis muertos 29
Fantasmas 31

David Alejandro Mares Panduro
Fruto de mi vientre 33
Mi preciada 35
Indecente 36

Cuento 37

El cuento en FIL Joven 2026 39
Luis Martín Ulloa

Arely Díaz Vaca
El rastro de las flores de papel 42

Álvaro Ricardo Zamora Palomino
Fósil de memoria 49

René Navarro Huízar
Infancia en pasado 52

Montserrat Vega López
Lo que el agua arrastra 57

Carolina Reyes Garibay
Phobos 61

Microrrelato 65

Cuando lo breve cuenta 67
Carmina Alejandra García Serrano

Uriel Octavio Gandara Sánchez
Debajo de la cama 70
La foto 70
El deseo 70

Laura Mariana Sánchez Olguín
El lugar de los sueños 71
La última estrella 71
La puerta azul 72
Cinco minutos 72
Cuando vuelva a soñar 73

Ginelly Soto Medina
El monstruo bajo la cama 74
Duelo 75
La mudanza 75

Francisco Emiliano Rivera Muñoz
Mamá siempre encuentra todo 77
Como en los viejos tiempos 77

Lo que con amor empezó con amor terminó 77
Viaje en familia 78

Darío Hernández Reyes
La última consulta 79
Olvido 79
Duelo 79
Control de calidad 80

Audiocuento 81

Motivos 83
Rogelio Vega

Jonathan Alexander Díaz Valdivia
Harkfild 85

José Emmanuel Segovia López
La llamada de las 3:17 86

Francisco Emiliano Rivera Muñoz
Mamá siempre encuentra todo 87

José Julián Gómez Núñez
Mi último intercambio 88

Leonardo Uriel Martínez López
El xolo y el coyote 89

Crónica 91

Todo lo que nos pasa 93
Eduardo Jorge González Yáñez

Jimena Alejandra Alcántar Arroyo
Al caer la noche del domingo 95

Alfredo García Ayala
De la brisa del mar a los pasillos de la escuela 100

Sherlyn Afraidy Delgadillo Rodríguez
La 636 106

Oswaldo Uriel García Rodríguez
La consolidación del imperio Cule 112

Fátima Camila Aguilar Alejandre
La niebla que me tragó a mí también 118

Cartas a Quentin Zuttion 123

Presentación 125
Ma. Teresa Patricia García Lerma

Kamila Medina Serrano
Respetable princesa de las madrugadas… 127

María Fernanda Gutiérrez Olivares
Querido Quentin Zuttion… 130

David Uriel Escamilla González
Estimado Quentin… 134

Creadores Literarios FIL Joven 2026

Jurado de poesía
María Fernanda Íñiguez Romero
Juan Antonio Cervantes
Angélica Martínez

Jurado de cuento
Luis Martín Ulloa
Víctor César Villalobos Villaseñor
Gema Leticia Méndez Estrada

Jurado de microrrelato
Sergio Guillermo Figueroa
Carmina Alejandra García Serrano
Ruth Escamilla Monroy

Jurado de audiocuento
Álvaro Moreno Naranjo
Rogelio Vega Castillo
Silvia Selene López Quezada

Jurado de crónica
María del Refugio Reynoso Medina
Eduardo Jorge González Yáñez
Humberto Orígenes Romero Porras

Jurado de Cartas a Quentin Zuttion
Ma. Teresa Patricia García Lerma
Luz Odelinda Orozco Ruiz
Diego Leonardo Salazar Mendoza

Responsable FIL Joven
Efraín Amador Sánchez

Corrección
Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez
Ana Lilia Larios Solórzano

Formación y diseño de portada
Isabel De Leon
Editorial Universidad de Guadalajara

Se terminó de editar en noviembre de 2026
en las oficinas de la Editorial Universidad de
Guadalajara, Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39,
int. 32-33 Industrial Los Belenes, 45150,
Zapopan Jalisco.

Para su composición tipográfica
se emplearon las familias Frutiger,
diseñada por Adrian Frutiger; y Arno
Pro, diseñada por Robert Slimbach.

Creadores Literarios FIL *Joven* pone de manifiesto, un año más, que la creación literaria puede contribuir positivamente a la formación de las y los adolescentes que cursan el bachillerato. La escritura no solo abre caminos a la creatividad, sino que también se convierte en una vía para desarrollar un pensamiento propio y en una oportunidad para expresar una propia visión del mundo.

Las temáticas que se abordan en los diversos géneros literarios que integran este libro trascienden el universo juvenil para adentrarnos en ideas de alcance universal, demostrando que la literatura es un espacio para explorar la complejidad de la experiencia humana.

FIL 40 Guadalajara
SEMS
Programa de Fomento a la Lectura y la Escritura
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA